

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



EDITORES-PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

1874. — TOMO XLIII.

Administración general y Redacción : Passage Saunter, número 4, en París.

AÑO 33. — N° 1,103.

SUMARIO.

El mariscal de Mac-Mahon en el Tribunal de Comercio de París; grabado. — Filosofía española. — Los abo-

nos marítimos en la Bretaña; grabados. — Revista de París. — Poesías. — El movimiento anti-católico en Alemania; grabados. — Inauguración de los tramways en el Havre; grabado. — Un Aniversario. — Nuevo modo de matar los bueyes; grabado. — El hospital de Santa Eu-

genia en Lila; grabado. — Las escuelas libres y gratuitas de Egipto; grabado. — Los buenos muchachos. — Sobre los viajes por España de Blatna y Andrés Navagero. — Problemas de ajedrez; grabado. — El doctor Pablo Vidart; grabado.



PARIS. — El mariscal de Mac-Mahon en el Tribunal de Comercio.

El mariscal de Mac-Mahon

EN EL TRIBUNAL DE COMERCIO DE PARIS.

El mariscal presidente de la República francesa visitó el día 4 el palacio de Justicia, el Hospital general y el Tribunal de Comercio.

En este último punto los cinco jueces que componen el tribunal, recibieron al mariscal en la sala del Consejo, y su presidente, despues de haber dado á aquel las gracias por la honra que hacia al comercio y á la industria parisiense, le hizo presente lo sensible que era el malestar en que de algun tiempo se encontraba el comercio, malestar que provenia sobre todo de la falta de confianza en la estabilidad del gobierno.

El mariscal contestó :

« Señores, yo conocia los sufrimientos que afectan á ciertos ramos del comercio de Paris y la energia con que los soporta.

» Aunque estos padecimientos, que provienen de causas diferentes, se hallan fuera de la accion de la administracion, no por eso dejan de ser el objeto de las preocupaciones de mi gobierno, que hará todos los esfuerzos para aligerarlos, y acordándose, segun un dicho de Paris, que la prosperidad de la industria constructora de edificios es uno de los indices mas seguros de la prosperidad general, va á continuar, en la medida de los recursos de que dispone, las obras interrumpidas de la capital. »

Aquí el mariscal menciona algunas de las obras que se van á emprender, entre ellas la de un camino de hierro de circunvalacion en las afueras de Paris, y la reconstruccion de las galerias del Louvre y del pabellon Marsan de las Tullerías, y despues prosigue :

« Entre las razones que habeis dado de la paralización de los negocios, habeis hablado de ciertas preocupaciones de un orden politico y de la duda que persiste en el público sobre la estabilidad del gobierno. Yo habria comprendido esos temores hace algunos meses, pero en el dia no me parecen tener ningun fundamento.

» El 19 de noviembre la Asamblea me ha conferido el poder por siete años, y mi primer deber es el de velar por la ejecucion de esta decision soberana. No tengais inquietud; durante siete años yo sabré hacer respetar de todos el orden de cosas legalmente establecido.

» Así, espero que de este modo veremos restablecerse la calma en los ánimos y renacerá la confianza : la confianza no se decreta, peromis actos serán de naturaleza para imponerla. »

Despues de esta escena, que representa el primer grabado de este número, el mariscal de Mac-Mahon visitó las diferentes salas del Tribunal de Comercio, y hasta las dos de la tarde no se retiró para regresar á Versalles.

R. S.

FILOSOFÍA ESPAÑOLA.

EL FILÓSOFO RANCIO.

I.

A los veinte años, cuando me halagaban los poetas y la forma atildada y florida de los clásicos, y mas aun de los dramaturgos y novelistas de la escuela romántica francesa, cayó en mis manos un libro titulado *Cartas del Filósofo Rancio*, cuyo estilo pedestre y verdaderamente fraileuno me fué imposible soportar, no obstante cierta afición que yo tenia á las disputas y lucubraciones de los filósofos. Pero con el tiempo maduran las uvas, y, con perdon sea dicho, ya no me aburre el mal estilo, siempre que las cosas en él escritas sean útiles, por donde he llegado á pensar que un estudio acerca del *Filósofo Rancio* seria interesante y curioso para conocer el estado de la filosofía en España en los años vecinos al 1800, y adquirir un dato mas para la resolucion del problema que consiste en saber cómo ha cambiado tan radicalmente nuestro estado social y politico, á contar desde la época de la invasion napoleónica. Desgraciadamente la lectura del libro ha disminuido el calor de mis esperanzas para el objeto enunciado, pero no del todo; y así creo que no será enteramente inútil este trabajo, que ahora emprendo de darle brevemente á conocer á quien no lo haya leído. El *Rancio* restringió la polémica filosófica casi sólo á filósofos sevillanos entre los españoles; en cambio se entretiene mas latamente con los extranjeros, entonces de moda. Ni siquiera cita los nombres de los filósofos sevillanos, á quienes

combate ó ridiculiza; ni encuentro indicaciones suficientes que suplan este silencio en la obra del señor Vidart, ni en el eruditísimo artículo que sobre ella escribió el señor Laverde en sus *Ensayos criticos*. Casi igual reserva guarda en su polémica con los constituyentes de Cádiz y otros escritores de la época, aunque en esta parte está mas explicito. De todos modos es curioso asistir á la lucha del escolasticismo agonizante en España, sostenida por un ingenio que cedia á pocos en su tiempo, y á la mas seria que emprendió contra las innovaciones religiosas, políticas y sociales intentadas ó llevadas á cabo por las Cortes de Cádiz y escritores coetáneos.

De la noticia biográfica publicada al frente de sus cartas (edicion de Aguado, 1824) tomamos los siguientes datos :

Fué el *Filósofo Rancio*, ó sea fray Francisco Alvarado, natural de Marchena, nació en 1756 y entró religioso dominico en San Pablo de Sevilla en 1772; fué exacto en el cumplimiento de su regla y tenacísimo en el estudio, en el que hizo grandes progresos, que le valieron una plaza en el colegio de Santo Tomás, en donde enseñó Artes; escribió largamente en prosa y en verso, sin que le recomiende mucho como poeta el único romance publicado por muestra en la citada edicion; se grangeó universales simpatías en toda España, en que todavía eran escasos los *novadores*, así filósofos como políticos; fué nombrado por Fernando VII consejero del tribunal de la suprema Inquisicion, y murió en Sevilla en 1814.

De todos sus escritos solo se han incluido en la edicion citada las *Cartas aristotélicas*, escritas hácia los treinta años de edad (y de ellas faltan no pocas, no sé si por haberse perdido, ó porque no las escribió, distraido con otros asuntos y abandonando el plan que se habia propuesto en la décimaquinta), y las llamadas simplemente *Cartas del Filósofo Rancio*, relativas á las controversias agitadas en la época de las Cortes de Cádiz, entre el cuarto y el penúltimo año antes de la muerte de su autor. La celebridad que estas últimas adquirieron fué inmensa, y la violencia con que sus adversarios las atacaron no menor que la empleada por él : desgraciadamente no hemos progresado mucho en este punto, como los periódicos políticos diariamente lo demuestran, si tal vez se exceptúan algunas expresiones harto gráficas empleadas por el Rancio, como la de *tunantes*, *hambrones*, *casca-ciruelas*, etc., etc., y el estilo ramplon de que daremos alguna muestra.

Supone en las *Cartas aristotélicas* que habiendo bajado al infierno no sé quien, dió noticias á Aristóteles del entierro que se le preparaba en Sevilla, esto es, de una de aquellas solemnidades literarias ó actos públicos en que se defendian varias proposiciones contra todo el que quisiera combatirlas. Las proposiciones solian imprimirse con gran lujo, y á veces dedicarse á algun personaje ó Mecenaz, que pagaba el obsequio con algunas libras de chocolate ó cosa parecida. El Rancio no quiere decirnos en el caso presente quiénes eran los héroes de la fiesta, indicando solo que pertenecian al estado monástico y ostentaban haber sido discipulos de los jesuitas, al menos uno, que el otro gozaba en Sevilla de gran reputacion de filósofo y sabio, y que una de las dos series de conclusiones estaba dedicada á un elevado personaje de Madrid. Cuando Aristóteles tuvo semejante noticia, se resolvió á no dejarse enterrar sin defensa, y valiéndose de Averroes, que saliendo del infierno por la sima de Cabra, le sirviese de correo para llevar las cartas á don Manuel Custodio, de Sevilla, no sé si persona real ó supuesta, y para que adquiriese algunas noticias y le trajese algunos libros de los sabios modernos enemigos del escolasticismo.

Pobre concepto tenemos que formar de los filósofos sevillanos adversarios de Aristóteles, si hemos de juzgar por las proposiciones que se defendieron y por la pintura que hace de ellos el Rancio. Desde luego el latin de las proposiciones estaba plagado de solecismos, barbarismos y faltas de ortografía, todo lo cual ridiculiza el Rancio con fruicion implacable. Los interesados se disculparon con la imprenta, pero salta á la vista que no era verdadera su disculpa. Era frecuente entre los filósofos sevillanos decir : *Aristóteles no sirve, no supo filosofía, debe desterrarse, quien le siga nunca será filósofo*; y cuenta el Rancio que « un fraile disputaba á grito pelado con un clerizonte que parecia jesuita, cara venerable, juanetes en ella, carrillos sumidos, barba y labios sacados, ojos modestos de por fuerza, acciones, palabras y ademanes todos estudiados y fingidos... y decia : *En esto estamos convenidos todos los doctores : solamente cuatro frailes fanáticos perseveran tercios ; y si cierto fraile que se halla en el catálogo de los Santos (Santo Tomás) hubiese de haber sido canonizado en el dia en que las cosas se miran de otro modo, no sé yo cómo se le habia de quitar la mancha de haber seguido á Aristóteles.* » Salíó, pues, Averroes á enterarse del caso, y volvió todo mohino á decir á su maestro esta descripcion de los sabios sevillanos :

« Ahora se ha descubierto otro nuevo rumbo para la sabiduría, ahora su camino no ofrece mas que flores. Pero ¿qué digo flores? Ahora la ciencia produce doblones y distincion. Aquella filosofía que aprendimos á fuerza de tantas fuerzas, y que siempre confesamos no haber acabado de comprender, en el dia es negocio de tres años (los mismos que gastaban en ella los escolásticos desde el siglo XIII); de estos se gastan en vacaciones treinta meses (manifiesta exageracion),

dos de los restantes en esperar al catedrático, otros dos en murmurar de los frailes, y los dos que quedan en escribir un prólogo muy largo, y aprender á no decir *sed* ni *ergo*, sino *at* y *igitur*. Con este aparato de erudicion salen todos los dias unos filosofones capaces de decidir sobre el Alcoran de Mahoma : son bachilleres, licenciados, doctores y cuanto les dé la gana. »

« Dentro de nada, como sea hombre que acomode para ciertas miras, cátaelo hecho catedrático con mas ínfulas que un obispo, con mas campanillas que una calesa. Acuden á la cátedra un cuarto antes que se acabe la hora, hacen que se repita *ad fastidium* una hoja de leccion que ellos no entienden ni sus discipulos entenderán, citan para la noche otra hora de repaso, no hay certificacion (ahora, gracias á Dios, están libres de estos engorros los estudiantes), no hay asistencia como no se pague, no hay paga que baje de un duro; y veis aqui cómo se recompensa el haber perdido el tiempo por solos tres años, y cómo cualquier filósofo de agua dulce saca mas renta que un ministro que vela sobre la quiebra pública y expone su vida por defender la patria. No se yo ciertamente que la renta de estos alcance á ochenta ó noventa duros al mes (poco se habia progresado entonces), no obstante que los pobres no tienen la cuarta parte del tiempo para disertar con las niñas que tienen los profesores : hubieran aprendido buen oficio. De aqui es que por Sevilla andan los sabios mas abundantes que las malvas, los escritores tan espesos como las pulgas, los eruditos tan de sobra como los perros. Viérais allí cuantísimo autor, cuantísimo libro nuevo, cuantísimo papelote, cuantísima disertacion, cuantísima apologia, cuantísima disputa, aunque sea el por qué no tienen bigote los galápagos. Para nosotros componer una obra, era obra de toda la vida (pues ¿cuántas vidas tuvo Aristóteles que tantas compuso?) Pero ahora no hay cosa mas fácil. En media hora se escribe un curso de filosofía *eclectica*, pues en haciendo un prólogo con todas las desvergüenzas que le quepan contra tí, maestro mio, y contra tus discipulos, en poniéndonos de bárbaros lo menos tres veces en cada folio, y copiando ya de este, ya del otro autor los párrafos enteros, mas que no lleven conexion ni orden, sale un *eclectico* de siete suelas... » Por este tono sigue Averroes pintando á los filósofos y sabios españoles de la época, y aunque demos algo á las exageraciones andaluzas, siempre queda un cuadro harto triste de la cultura científica de aquel tiempo. Lo bueno es que la copia, la imitacion y la rapsodia no eran patrimonio exclusivo de los *eclecticos*, sino que cogian de medio á medio á los escolásticos, que no solo no adelantaron una idea nueva, sino que se quedaron cien leguas atrás de los escolásticos del siglo de oro. Hado funesto es el nuestro, que desde los últimos tiempos de la dinastia austriaca, todavía no se ha cultivado la ciencia en ninguno de sus ramos de un modo original, salvas rarísimas excepciones.

Razon de sobra tenia el Rancio para censurar el latin chapucero de los dos papeles de conclusiones, como él los llama, aplicando aquel dicho vulgar : *inter bonos escolasticibus nunquam reparabitur in unam litteram*, y no parece calumniar á los autores cuando los acusa de mala fe, peor juicio y escasisima instruccion. Habia dicho Luis Vives, hablando de las obras de Aristóteles, que *ex grecis bonis facta sunt latina non bona; ex latinis vero malis arabica pessima*, y el autor de uno de los carteles de conclusiones le plagió el pasaje, pero intercalando un *non* que venia á ser la condenacion del estilo literario de Aristóteles, al cual da Ciceron extremados elogios, como igualmente Vives. Sobre esa censura escribe el Rancio : « ¿ Con que esas tenemos? respondió Averroes. ¿ El maestro Cieruela no sabe leer y pone escuela? Quien viere eso pensaria que el reverendísimo padre es perito en las tres lenguas, que ha tenido á la vista los ejemplares y las traslaciones y que despues de un estudio durísimo y de una larga meditacion ha proferido tan magistral y decisiva sentencia. No sabe el *musa*, *o*, y quiere decidir sobre el mérito de los autores en la lengua latina, arábica y griega. Pluguiera á Dios que hablase bien la castellana. » Nuestros sabios y criticos actuales harán bien en recordar que esto no va con ellos, sino con dos frailes del pasado siglo, de tal reputacion en Sevilla, que uno era llamado el *Divino*, y otro el *Crisólogo*, como quien dice *piquito de plata*, segun traduce el Rancio. *Divinos* y *Picos de oro* no han faltado entre nosotros, aunque carecieran de buena fe, juicio ó instruccion; que si las hubieran tenido en grado igual, ¿qué nacion aventajaria á la nuestra? Afortunadamente ya nos vamos enmendando...

Pone el Rancio en boca de Ciceron y Luis Vives los elogios que tributaron á la elocuencia de Aristóteles, y respecto al estilo de los escolásticos declara que le gusta la elocuencia, aun en las obras didácticas, cuando la hay, pero que no la cree necesaria, aunque los escolásticos podrian al menos haber empleado términos y frases latinas, como lo hacen los mejores, salvo cuando tienen que expresar ideas nuevas que no alcanzó Ciceron ni Virgilio pudo adivinar. Nada mas razonable que esta opinion del Rancio, pero aun sorprende mas el elogio que tributa á los árabes, á quienes el mismo Mariana califica de bárbaros á cada paso, mientras que él recopila en pocas lineas sus merecimientos científicos y literarios, como pudiera hacerlo hoy mismo el arabista mas aficionado. Las malas versiones de Aristóteles y los inmensos comen-

tarios que se hicieron á sus obras, los justifica con la indole misma de unos libros eminentemente concisos y de exactísima elocucion, y con la pobreza de la lengua latina en comparacion con la griega; el predominio dado por los escolásticos á la metafísica y lógica sobre la física, con la circunstancia de haber sido todos eclesiásticos, que dirigian sus estudios á la ciencia de la religion, para la que apenas le servian entonces las ciencias físicas y matemáticas.

Que los escolásticos deferian ciegamente á la autoridad de Aristóteles y que las doctrinas de arte versaban sobre fruslerías y sutilezas, *nugæ*, era otra acusacion del anónimo padre y que cien veces hemos visto en libros ahora ya anticuados. A lo primero responde que Aristóteles es el filósofo que mas y mejor raciocina; de modo que al citarle á él, se referian siempre y en el mismo hecho á razones que hacian cierta, ó al menos verosímil, su opinion. Además, en algunos puntos importantes le abandonaron y combatieron, como en su principio sobre la eternidad de la materia; y aun hubo escolásticos que llevaron tan adelante su independencia, que, siendo cosa corriente que los frailes dominicos siguieran en todo á Santo Tomás, Roselli dice que de ello hacian juramento, todavia Victoria y Cano prescindieron de esta ley. Respecto á la importancia de las doctrinas aristotélicas, alega muchos argumentos de razon y de autoridad, que no es preciso repetir hoy, particularmente despues de los trabajos hechos en Francia y Alemania sobre Aristóteles, y cuando está vivo un tal filósofo como Ravaison. Es decir, que muy pronto la posteridad ha dado la razon al Rancio, contra los ecléticos de moda en su tiempo, como se la da en muchas otras cosas que iremos viendo. No será fuera de propósito hacer notar que, elogiando el Rancio los servicios prestados á la religion cristiana por la filosofía aristotélica, acerca de lo cual discrepan los autores, confiesa, sin embargo, que sin ella estuvo y puede estar la fe en todo su vigor; concesion moderada, que quizás no guste á los nuevos adalides de la filosofía escolástica. Siendo aristotélico el lenguaje de las escuelas, con él se explicaron las doctrinas cristianas y se definieron los dogmas; pero ni esto supone una incorporacion ó sincretismo de las doctrinas evangélicas y aristotélicas, ni tampoco que no hubiera para los dogmas religiosos otra explicacion posible. La forma exterior no debe confundirse con la sustancia.

Grandemente incómoda á nuestro fraile la idea del yugo de Aristóteles que pesaba sobre los escolásticos, al decir de los ecléticos; y replica con calor: que no era tal yugo, pues que, si deferian á su autoridad, era á beneficio de inventario, previo un exámen concienzudo, y abandonándola en algunos casos; que para filosofar es preciso tomar un guia, si no se quiere marchar continuamente de error en error; que ninguno con mas títulos que Aristóteles, y en fin, que mas se sometian los ecléticos á yugos menos legítimos.

« ¿Dónde hay paciencia, hace decir á sus adversarios y nosotros lo oimos á cada paso, para que un hombre que tiene su juicio tal como Dios se ha servido dárselo, no haya de usar de él, esto nadie lo pretende, haya de atenerse á lo que hubiera dicho Aristóteles, y se le haya de aturrullar con su autoridad y su nombre, lo mismo que á los muchachos con el bú? Dicen muy bien sus señorías, responde irónicamente Aristóteles, y no hay duda que por este principio se puede adelantar mucho, y que por este principio han adelantado mas de lo que debieran toda casta de herejes, y mas que todos los incrédulos del día, que piensan que su razon es la vara de medir de todas las cosas, y el tribunal supremo de donde no hay apelacion para otra parte. Dicen muy bien y por este principio se deben reformar todas las ciencias y todas las artes, y no solo la filosofía, porque ¿dónde hay paciencia para que en las matemáticas nos hayamos de atener á lo que dijo Euclides, en la medicina Hipócrates, en la jurisprudencia Ulpiano, y en todas las ciencias á los que, porque los hombres quieren, han pasado y pasan por maestros? ¿No tengo yo mi razon para usar de ella?... ¿Por qué razon he de creer que, para ser buen orador, he de formar mis oraciones al ejemplar de Ciceron ó Demóstenes, para mis poesías al de Homero ó Virgilio, para mis músicas al de un italiano?... ¿Por qué razon, teniendo yo un juicio tamaño como el de una casa, para decidir lo que se me antoje, he de dar crédito á los historiadores haciéndome dificultad las cosas que refieren?... ¿Por qué razon, en fin, yo que soy aprendiz de cualquier oficio, he de sujetarme á lo que me diga el maestro, he de llamar las herramientas con nombres estrambóticos, las he de manejar como él me mande?... ¿No sería mejor que cada uno se entendiese como pudiese, y lo hiciese todo en derecho de sus narices? »

Ve Vd. aqui hasta dónde trasciende el principio célebre de la filosofía moderna, sobre el que se han fundado y se fundan los que quieren sacudir mi yugo, y la raiz de los infinitos desatinos que se han dicho y dirán por estos filósofos, porque el diablo quiere. Admitido una vez por principio que el hombre no debe sujetarse al dictámen de otro, y que todo lo debe ver por sus propios ojos, créame Vd., no habrá locura que no pase, ó por decir mas bien, que no deba pasar por filosofía. »

Claro es que no intenta con esto el Rancio que se sujete ciegamente nuestra razon á una autoridad; pero ni esto lo pretende nadie, ni una razonable libertad de pensar está reñida con el obsequio que debe-

mos á los maestros, á los padres, á los sabios, á los legisladores; sobre todo, antes de que, dueños de la ciencia ó arte que estudiamos, no sepamos demostrarlos con claridad y evidencia que ellos se equivocaron. En este sentido es un axioma fundamental y práctico el dicho de Aristóteles: *es preciso que quien está aprendiendo crea*. La naturaleza humana á ello nos obliga, so pena de no saber jamás cosa alguna, de no levantarnos jamás sobre la cultura intelectual del patán mas rústico; por eso no censura el Rancio al padre de las conclusiones que sostenia haber sido aleccionado Adán por Dios, y el linaje humano por Adán; por eso no es para nosotros una hipótesis, como tantas debidas á la libertad de pensar, sino una verdad fundada en la mas comprobada experiencia, que el hombre, al aparecer sobre la tierra, recibió por extraordinaria manera los conocimientos que necesitaba para hacer vida social, y los recibió de mano del mismo que le hizo aparecer, y los trasmitió á sus descendientes; y que esos conocimientos son tan necesarios para la vida social, para la cultura, para el verdadero progreso, que siempre que los hombres los olviden ó abandonen, caerán irremisiblemente en el estado salvaje y se comerán los unos á los otros. Si quereis caminar adelante, apoyaos atrás: esta es una ley indeclinable.

« Que es harta miseria dejarse engañar por la autoridad, pero mayor es no hacer caso de ella, dijo San Agustín; y en los puntos oscuros ó dudosos mas racional es fiarse de los sabios que tanto supieron profundizar y tanto adelantaron en el descubrimiento de la verdad, que no echarse cada uno á soñar su disparate. » En uso de la libertad de pensar piensan los internacionalistas que la religion, la propiedad, la patria, el estado, la familia, no son mas que añagazas inventadas para explotarlos. Ellos se engañan groseramente, direis; pero creyendo ellos lo contrario y obrando conforme á su creencia, ¿quién me probará el derecho con que se les ha de oponer la fuerza para que no trastornen la sociedad, y la inunden de crímenes, y la reduzcan al estado salvaje? ¿En qué fundan la libertad de conciencia sus partidarios? En su misma inviolabilidad, en la libertad del pensamiento interior, segun la cual cada uno puede creer acerca de la religion lo que estime verdadero, y en la iniquidad de la ley, ó mas bien, fuerza mayor que se interpone entre la creencia y el culto exterior, impidiendo las naturales manifestaciones de la conciencia. Pues esa misma razon pueden alegar los internacionalistas y la mayor parte de los criminales en favor suyo: no hacen mas que defender su propia libertad de pensar con sus naturales y lógicamente necesarias consecuencias. El buen sentido y la sabiduría de las naciones habian establecido la sumision, al menos externa: á la autoridad social, dejando al tiempo y al progreso de las ideas que rectificaran los errores, si acaso los habia, amparados por dicha autoridad, hasta que ella misma, inspirándose en la opinion comun y en la evidencia de las cosas, los abandonara.

Las leyes sobre intolerancia religiosa en las naciones cristianas favorecidas por la Iglesia, no iban mas adelante, no violaban la creencia interior ni los actos consiguientes que no fueran públicos; solo pretendian defender á los débiles del peligro de seduccion por actos públicos ó propagacion de ideas contrarias. Respetaban en cuanto es de razon la libertad del individuo; pero la subordinaban á la autoridad social. Tales son en este punto las ideas del Rancio, que veremos mas tarde desenvueltas en sus *Cartas*.

Si pues es legitima la deferencia á la autoridad aun en filosofía, tengo el pleito ganado, dice Aristóteles, y alega para ello sus méritos como filósofo el mas razonador de todos y el que mas se aproximó á la verdad. Que Aristóteles es el filósofo mas racionalista, lo confiesa el Rancio, como igualmente confiesa que por ello le tuvieron los santos padres un odio mortal. Ellos alegaban la autoridad de las escrituras, y los discípulos de Aristóteles salian con sus razones, sus categorías y sus silogismos, acostumbrados como estaban por su maestro á razonarlo todo.

« De aquí la aficion que muchos padres tuvieron á los estoicos y platónicos; á los unos porque la rigidez de su filosofía simbolizaba (querrá decir se daba la mano ó armonizaba) algo con la santa autoridad del Evangelio; á los otros porque en los libros de su maestro se hallaban muchas verdades reveladas de la religion, que él aprendió de los hebreos. »

Fáltale ahora explicar por qué los escolásticos siguieron el rumbo opuesto, á pesar de la aficion de muchos padres á Platon, y de los peligros que ofrecia el racionalismo de Aristóteles, por lo que tanto le aborrecieron aquellos. Verdad es que para los escolásticos en general no existia este peligro, pues abandonaban francamente la autoridad del filósofo cuando chocaba con la de la Iglesia; pero ahora que ha renacido el racionalismo y vive mas pujante que nunca, toca á los nuevos escolásticos satisfacer á este reparo. ¿No sería hora de abandonar á Platon y Aristóteles, sin dejar de aprovecharse de ellos, como de todos los demás que hayan dicho ó digan algo bueno, y fundar una filosofía sobre la base del Evangelio, del sentido comun y de la ciencia contemporánea? La respuesta queda para los doctores católicos.

Que á la sazón no habia persona honrada que quisiera llamarse cartesiano ó gasendista, dice el Rancio; que Newton, Leibnitz y Wolf eran los que estaban de moda, y en Sevilla ya desde mucho tiempo; pero que ciertamente caerian luego en igual desprecio. En cam-

bio dice Aristóteles que su lógica no ha sido superada, que su metafísica es impugnada sin razon, que en su ética dijo cuanto tenia que decir un hombre: vino Dios despues á enseñarla, y tomó ella aquel divino aspecto que no pudo darle toda la sabiduría de los mortales. Pero lo mas fuerte es que aun defiende la física escolástica un siglo y mas despues de Galileo y Newton, y despues de haber leído á nuestro Feijóo.

La razon sola debe ser el norte del filósofo, dice el Rancio sin contradecirse, puesto que aun dando á la autoridad lo que le corresponde, siempre ha de ser por alguna razon. Ahora bien, añade; la física moderna solo se funda en hipótesis, en que el peligro de errar es mas grande que, siguiendo una autoridad, porque si esta sale falsa, resultará falsa aquella sentencia suya; pero si sale falsa la hipótesis, « allá van con mil demonios alcuza, candil y sarten. » Supongamos falsa la hipótesis de Descartes sobre sus torbellinos, materia sutil, extraída, etc., y nada queda de su física.

Si sucede otro tanto con los átomos y vacío de Gasendi, la armonía preestablecida de Leibnitz, y la atraccion de Newton, resulta lo propio. El Rancio tenia por segura la caída de todas estas hipótesis; excusado es decir cuánto se equivocaba tocante á la de la atraccion y en parte á la de los átomos, confirmadas cada vez mas por la ciencia moderna. Entretiéndose en hacer varias hipótesis falsas que, sin embargo, explicaban cierto número de hechos; y de aquí deduce que la explicacion de los fenómenos subalternos no es bastante para comprobar una hipótesis.

Los sabios modernos y aun los políticos, estadistas y metafísicos si me apuran, no harian mal en tener esto presente, por la facilidad con que dan por cosa demostrada cualquier hipótesis que explique algunos hechos, y ahí está la historia de la geología que no me dejará mentir. Cuando una hipótesis enlaza y explica todos los hechos del orden á que se refiere, como sucede con la atraccion y otras y no contradice á otra verdad demostrada de cualquier orden, solo entonces puede pasar á la categoría de principio científico; hasta tanto no debe pasar de método transitorio de investigacion.

FRANCISCO CAMINERO.

(Se continuará).

Los abonos marítimos en la Bretaña.

(Continuacion. — Véase el número anterior.)

La cosecha del fuco es una fiesta para los pueblecillos que en ella toman parte. En Lezardrieux la escena tiene efecto en un precioso paisaje; un bonito puente colgante con el lejano pasaje de Toul en el Hilet, forma el fondo del cuadro.

¡Qué fiebre en esa multitud de cortadores de fuco!

Todo peñasco que sobresale por su riqueza, es tomado por asalto antes de que el mar le abandone. Poco importan el sexo ni la edad, todos trabajan con un furor indecible. Mientras unos cortan, otros reunen en montones la cosecha y la trasportan á sus embarcaciones ó á unas carretas cuyo robusto tiro se compone de cuatro ó cinco caballos. Nada mas espléndido que uno de esos pesados vehiculos cargado con una montaña de plantas marinas, de algas que barren la playa con sus anchas hojas del color del bronce florentino.

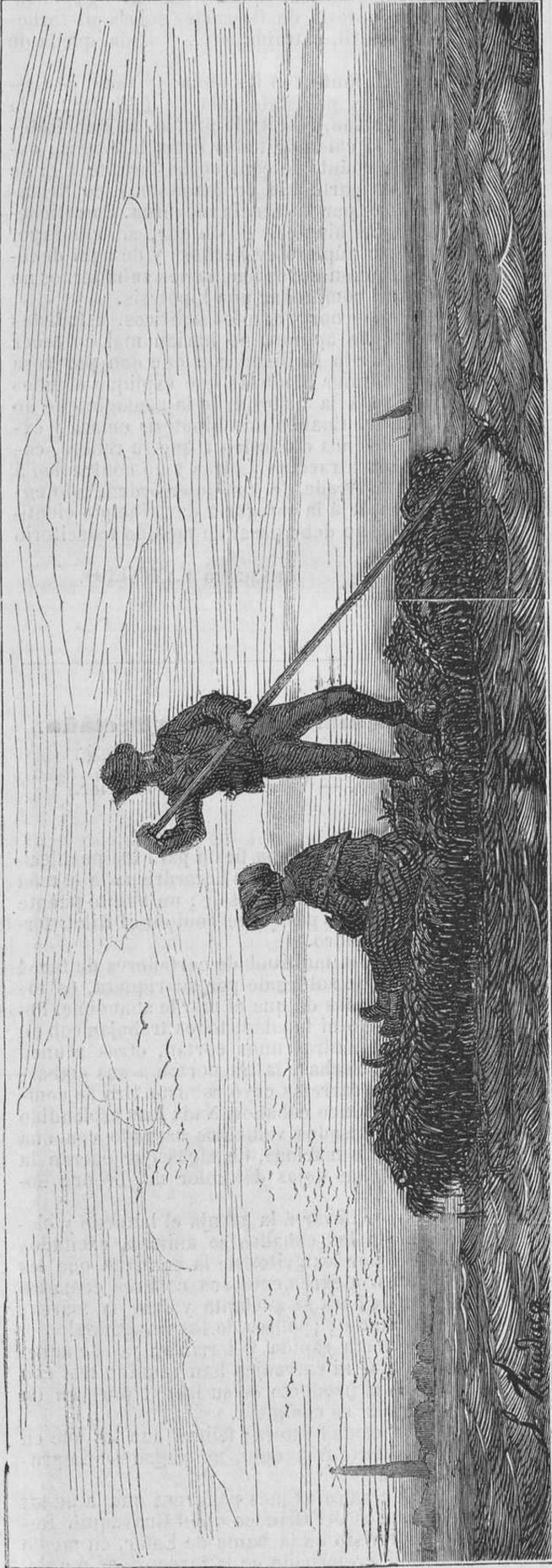
Impacientes por llevar á la granja el húmedo y oloroso tesoro, hasta los caballos se animan, excitados por el zumbido, por los gritos de la multitud que les rodea, y sacuden alegremente sus collares cuajados de cascabeles. La hora se adelanta y sube la marea; hay que despacharse; ¡pobres de los rezagados!

La corriente llega rápida y terrible; ¡ay de aquellos que sin barcas ni carruajes han reunido mal con débiles amarras el producto de su labor! pues en un instante la pérdida es completa.

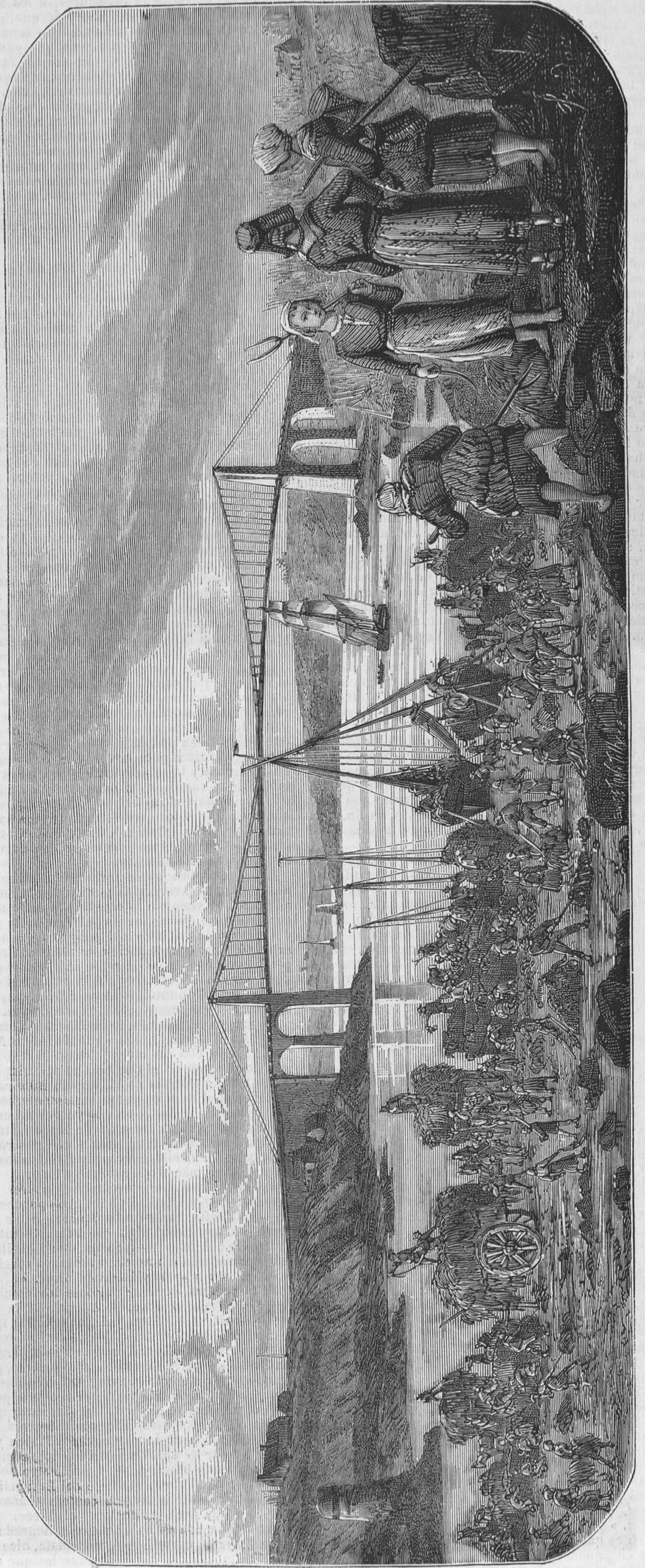
Adios la prosperidad futura; felices aun los que en este trance, bastante frecuente, no pagan su imprudencia con la vida.

Esa especie de balsa es mas peligrosa que la de los apacibles ribereños del Orinoco ó del Guayaquil. Recordamos haber visto en la bahía de Enfer, en medio de un admirable crepúsculo de la tarde, doce ó quince de esas flotas de algas que se destacaban apenas en una línea negra muy delgada sobre una mar de una calma misteriosa. Sus conductores, armados con largas varas, recordaban con su fantástica silueta que se destacaba en la onda, los genios sombríos, de que se habla en las *Mil y una Noches*. A lo lejos brillaba en la bruma el faro de Heaux, que domina á la vez el Océano y una formidable cordillera de arrecifes. Despues de haber hablado de la cosecha del fuco, ocupémonos de su empleo. Se utiliza de distintos modos, á saber: alternándole con capas iguales de estiércol y esparciéndole sobre la tierra. En este último caso, y segun el producto que se quiere obtener, se profundiza inmediatamente la planta marina, con arreglo á la naturaleza del suelo, ó se abandona sencillamente á la accion atmosférica.

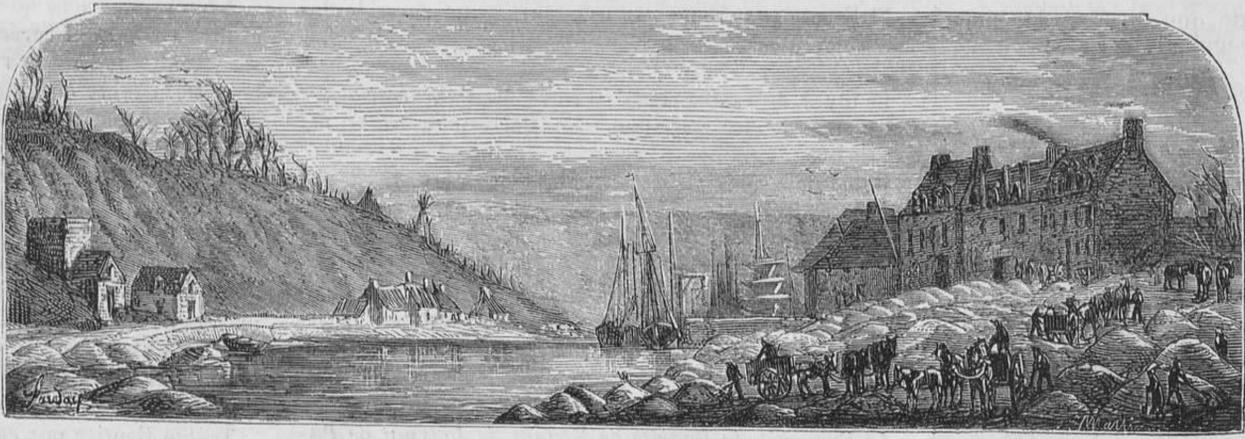
Es de notar que ciertas especies de fuco se funden ó disuelven en cierto modo sin descomposicion y con



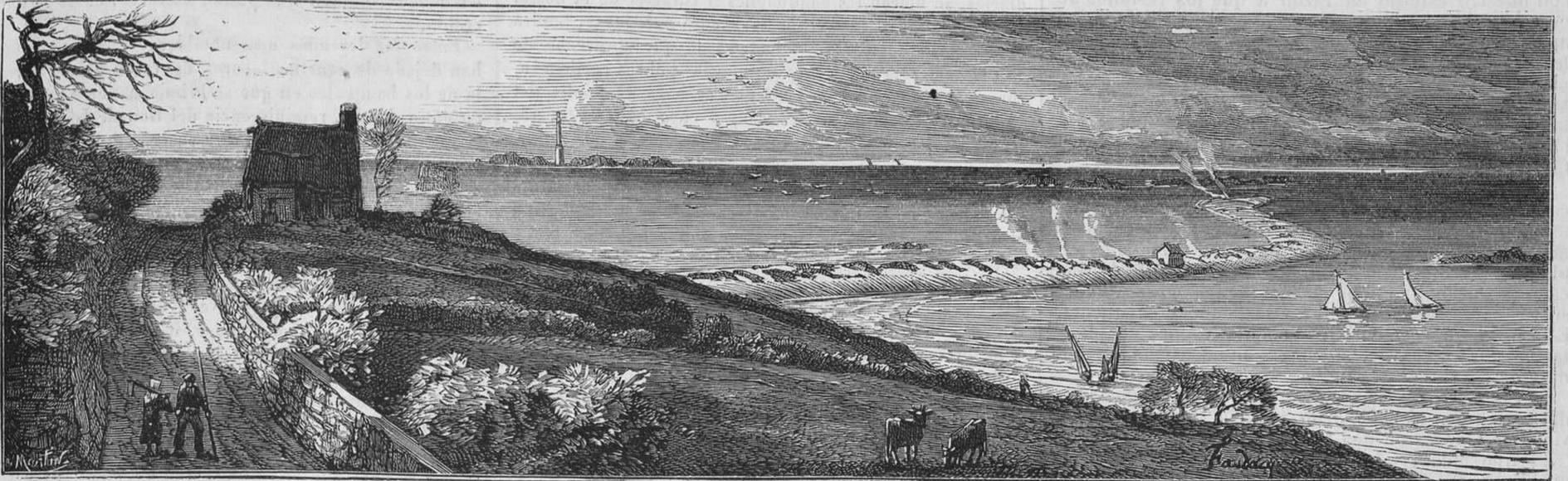
LOS ABONOS MARÍTIMOS. — Una balsa de algas en el barranco Talbert.



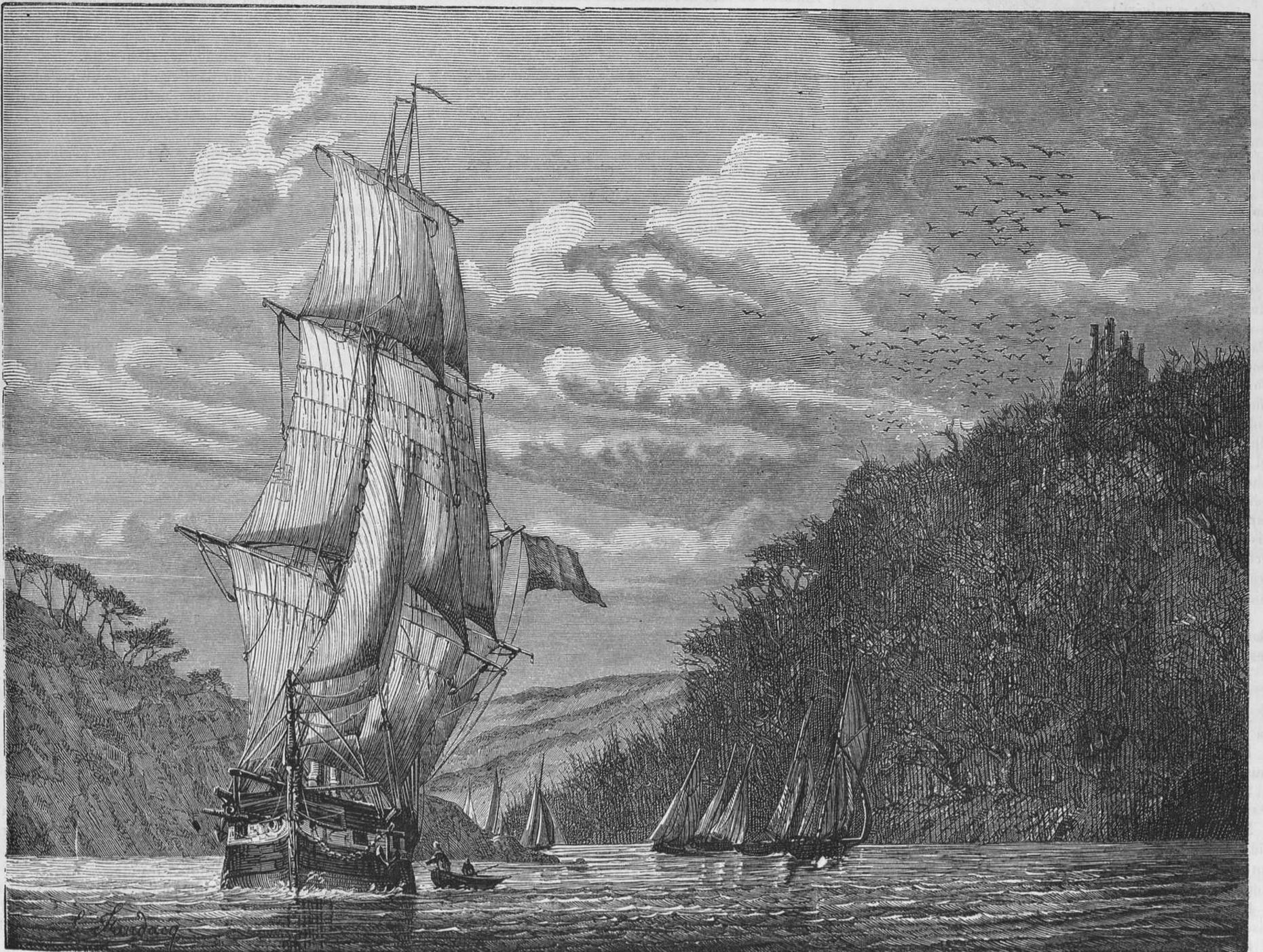
El corte anual de las plantas marinas.



LOS ABONOS MARITIMOS. — Las arenas.



Vista general del barranco Talbert.



Los buques cargados.

sorprendente rapidez, en tanto que otras tardan mas tiempo en desaparecer, impregnando la tierra con sus sustancias productivas.

En algunas partes del litoral la violencia de las tormentas y de las corrientes arranca de los arrecifes algunas algas y muchos fucos. Esas plantas *flotantes* no son como las de *ribera* el objeto de una reglamentación especial por parte de la administración marítima. Los puntos de la costa adonde salen, están siempre llenos de personas ocupadas en recogerlas. En la ensenada de Trestraou, cerca de Perros-Guirec, se ven aun en el invierno muchos bretones que llevan por todo vestido una larga camisa de punto de lana, entregados á lo que llaman la pesca de ese rico abono.

Se le disputan á una oleada formidable por medio de garfios con mangos de 12 á 14 piés de largo. A veces enteramente cubiertos y levantados por las olas, perecerían infaliblemente si no se agarrasen con ambas manos á su instrumento de trabajo, sirviéndose de él como de una boya de útil contrapeso.

La fabricación de las sosas naturales se relaciona con nuestro estudio en razon á que los residuos de esta industria, alimentados con cenizas de fuco, se aprovechan en la agricultura como abonos artificiales. Uno de los sitios en que se queman mas de esas plantas marinas, es el barranco de Talbert en Pleubian, que forma una larga calzada de guijarros abierta por las corrientes, y se adelanta hasta muchos kilómetros en el mar, teniendo apenas de 40 á 50 metros de anchura.

Ese sitio ofrece tambien un interesante espectáculo con la marea alta; toda una poblacion en la que domina el elemento femenino desafia con encarnizamiento á las olas para recoger algunos manojos de plantas, y ese escaso botín, tan penosamente arrancado al Océano, se pone en montecillos en lo alto del surco, donde se seca, y luego se reúne y se quema. Esta última operación, muy sencilla, reduce las plantas marinas á cenizas negruzcas que contienen carbonato de sosa.

Los inmensos torbellinos de humo blanco que salen del surco, dan al paisaje un aspecto singular, envolviéndole á veces en una bruma flotante.

El tipo medio salvaje de los habitantes de la península de Pleubian, que pasan su existencia esperando las algas que traen las olas, recuerda la siniestra época de los *naufreges*, donde con astucias infernales se atraía á los buques á los escollos de Penmarch y de la isla de Sein para que naufragaran y robarlos.

F.

(Se concluirá).

Revista de Paris.

Se está preparando en Paris una fiesta inmensa, como no se habrá visto nunca, ni en las mayores solemnidades de que tenemos memoria. Es un baile que se dará para la media cuaresma en el palacio de la Industria, y al que podrán asistir mas de 40,000 personas. La idea de esta reunion extraordinaria ha surgido en la mente de un millonario, que ha debido hacerse el siguiente raciocinio:

— Contra lo que era de prever, este año ha habido en Paris mas bailes de sociedad que en los brillantes tiempos del imperio. Todo el mundo ha tenido á honor el contribuir de este modo á remediar el mal estado del comercio parisiense. Principió la Asamblea votando las cantidades que se conceptuaban necesarias para organizar dos bailes en el Eliseo; los ministros tienen recepciones; el barrio de San German está iluminado todas las noches; y por último, chicos y grandes se han entregado casi con furor á esas diversiones que ponen en movimiento tantos caudales. Hagamos pues, algo mas de lo que hemos visto, y será como el coronamiento de la obra patriótica: echemos á volar algunos centenares de billetes de 1,000 francos, y Paris, que es aficionado á espectáculos grandiosos, quedará complacido y satisfecho.

El que se debió hablar á sí mismo de esta manera se llama M. Debrousse y es director de uno de los principales periódicos parisienses.

Nadie en posicion mejor para lanzar semejante idea.

Con efecto, apenas indicada, se abrió camino velozmente y hoy no se habla en Paris de otra cosa que de la fiesta del palacio de la Industria.

Hé aquí las primeras noticias sobre esta gran reunion imaginada por M. Debrousse.

Segun hemos dicho, se repartirán 40,000 convites en Paris, en los departamentos y en el extranjero.

M. Debrousse principia por destinar á su obra la cantidad de 600,000 francos, con la añadidura de llegar á un millon si hiciera falta para realizar todos los esplendores de su soberbio programa.

Habrà baile y concierto y la fiesta será dedicada al mariscal de Mac-Mahon, presidente de la República.

Las orquestas de la Opera y de los principales teatros, las bandas de música de los regimientos y los coros del Conservatorio prestarán su concurso.

El Estado contribuye con colgaduras y adornos; lo demás corre á cargo exclusivamente del generoso iniciador M. Debrousse.

El lunes de esta semana convocó M. Debrousse á los delegados de los periódicos de Paris para tratar del asunto.

Habia delegados de los periódicos siguientes:

L'Assemblée nationale, le Bien public, le Constitutionnel, le Courrier de Paris, l'Echo agricole, l'Événement, le Figaro, la France, le Gaulois, l'Agence Havas, le Journal des Débats, la Liberté, le Mémorial diplomatique, le Monde illustré, le Moniteur universel, le National, l'Ordre, Paris-Journal, le Petit Moniteur, la Petite Presse, la Presse, le Soir, le Sport.

Además prometieron su concurso:

Le Français, la Gazette de France, le Journal de Paris, l'Opinion nationale, la Patrie, le Pays, le Rappel, la République française, le Siècle, le Temps.

En esta primera reunion, dice la nota que publican los diarios, se fijaron las condiciones y carácter de la fiesta.

La solemnidad, dada por la prensa parisiense, tendrá efecto el 12 de marzo, con el fin de que aproveche de ella el comercio de Paris y de que los pobres reciban socorros, mediante la petición que se hará en medio del baile por un comité de señoras, á cuyo frente figurará, segun se dice, la mariscala de Mac-Mahon.

No hay para qué añadir que la empresa en cuestion carece de toda significacion política, como lo prueba la diversidad de opiniones de los diarios que se han adherido al programa dictado exclusivamente por una idea filantrópica.

Tal es todo lo que sabemos, bastante en verdad para dar á conocer la festividad sin igual que se dispone en la inmensa nave del palacio de la Industria.

Seguramente los resultados corresponderán á la idea.

Por el pronto habrá necesidad de batallones de obremos para preparar el suelo de arena del palacio de la Industria, que exigirá un tablado de 14,000 metros cuadrados para el salon de baile. En esta proporcion estará todo; y por consiguiente, no es de extrañar que M. Debrousse piense quedarse corto con los 600,000 francos y se alargue hasta el millon, que es una bonita suma consagrada á una obra de esta especie.

Al mismo tiempo que circulaban en Paris los primeros rumores de esta fiesta célebre, el telégrafo nos daba una noticia fúnebre, que la crónica parisiense debe registrar por mas que la transicion sea violenta.

Un escritor de los que mas han contribuido al brillo de las letras francesas, M. Michelet, habia dejado de existir en Hyeres á la edad de setenta y cinco años.

Largo tiempo hacia que habia desaparecido del gran teatro de sus triunfos, el Colegio de Francia, y aun nos parece estarle viendo en aquellas memorables lecciones que conmovian á la juventud de hace veinte y cinco años y que tan grande influjo ejercieron en los sucesos de 1848.

Sus conocimientos históricos y literarios eran portentosos; pero la Sorbona y el Colegio de Francia están plagados de profesores eminentes que conocen á fondo la literatura y la historia. La originalidad de Michelet residia en la manera de referir los acontecimientos, en el detalle, en la anécdota; y sobre todo en una expresion particular que imprimia á su discurso, ya familiar, ya elevado, que daba, digámoslo así, la filosofía del pensamiento. Muchas veces habia así mas elocuencia en lo que callaba que en lo que decia. Su curso que dió tanto trabajo al último gobierno de Luis Felipe, fué suprimido al fin en 1851.

El historiador calló casi al mismo tiempo que el profesor. Michelet no hizo mas que concluir algunas de las obras comenzadas; y luego adoptó un género muy distinto y que fué tan aplaudido como sus estudios históricos. A este género pertenecen *el Pájaro, el Insecto, el Amor, la Mujer, el Mar, la Bruja, la Biblia de la Humanidad, la Montaña y Nuestros hijos*. En cuanto á sus obras de historia son las siguientes:

1825: *Cuadro cronológico de la historia moderna*. — 1831: *Introduccion de la Historia universal*. — 1831: *Historia romana* (2 vol.). — 1833-57: *Historia de Francia* (12 vol.). — 1835: *Memorias de Lutero* (2 vol.). — 1837: *Orígenes del derecho francés*. — 1837: *Traduccion de los principios de la filosofía de la historia compendiada, por Vico*. — 1841: *Proceso de los templarios*. — 1843: *Compendio de la Historia de Francia*. — 1847: *Historia de la Revolucion francesa*. — 1855: *La Reforma; el Renacimiento*.

Creemos que esta enumeracion está completa. Sin embargo, ahora tendremos sus obras póstumas. Es sabido que hoy dia no muere un autor sin que sus herederos se apresuren á entregar al público todo papel, apunte ó nota que se encuentra entre sus manuscritos.

Lamartine, Merimée y Teófilo Gautier, están haciendo el gasto actualmente. Lo publicado de los dos primeros se concreta á correspondencias privadas que, á decir verdad, ofrecen poco interés para las letras; mas en cuanto al segundo es diferente: se trata nada menos que de la historia del romanticismo contada por uno de los que mas parte tomaron en las luchas contra los clásicos,

Nada mas curioso que la lectura de este libro donde se explica cuál era el carácter de aquella revolucion literaria y cuáles los medios que se empleaban para alcanzar la victoria sobre el enemigo.

Lirismo y pasion, tal era la divisa. «Desarrollar libremente todos los caprichos del pensamiento, aun cuando chocaran con el buen gusto y las reglas; aborrecer y rechazar en lo posible lo que Horacio llamaba el vulgo profano; celebrar el amor con un ardor que abrasaba el papel, y suponerle el único objeto, el único medio de felicidad en la vida; santificar el arte considerándole como un segundo creador, tales eran los puntos del programa que cada cual trataba de realizar segun sus fuerzas, el ideal y las secretas aspiraciones de la juventud romántica.»

Teófilo Gautier nos cuenta las excentricidades á que se entregaban los partidarios del nuevo sistema, y verdaderamente hay algunas que merecerian pasar á la posteridad como muestra del delirio á que en circunstancias dadas puede conducir una pasion literaria: nadie lo habria creído.

Entre las leyendas mas notables y que mas memoria han dejado de aquellas locuras, figura en primer término la de los banquetes en que se brindaba por Victor Hugo en una calavera, reminiscencia del Han de Islandia.

Teófilo Gautier nos descubre su origen.

«Nuestras diversiones, dice, acompañadas de agudezas, de paradojas, de gritos extraños y de un diálogo que recordaba alternativamente el banquete de Platon y la charla de Bervald de Verville, principiaron á parecernos fastidiosas, sin originalidad, sin nada pintoresco. En el fondo no era nada titánico comer macarrones en la taberna, y para dar importancia y relieve á nuestras reuniones, se necesitaba algo que fuera audaz, osado, hyroniano, satánico. Admiráramos mucho las proezas del joven lord y sus bacanales nocturnas en Newstead con sus jóvenes amigos disfrazados; aquellos banquetes en que se bebía un licor negro en una copa mas blanca que el marfil... ¿No era posible proporcionarse la copa?... Sí, Gerardo de Nerval se encargó, en razon á que su padre poseía una bonita coleccion anatómica, como que habia sido cirujano de ejército... Trajo pues, un cráneo, le llenaron de vino y circuló á la redonda, bebiendo todos aunque con repugnancia mal disimulada.»

Esta fué la copa de los banquetes románticos.

Gerardo de Nerval aseguraba que era el cráneo de una joven muerta de tisis; pero real y verdaderamente habia pertenecido á un granadero del ejército.

El libro de Teófilo Gautier abunda en anécdotas de esta especie, y por lo tanto constituye un repertorio oficial para los que buscan datos sobre las proezas de la escuela romántica.

Los teatros nos obligan á cerrar sus páginas, pues como prometimos á nuestros lectores, debemos dar cuenta del *Orfeo en los Infernos*, de Offenbach y de *le Astuzie femminili*, de Cimarosa.

Offenbach ha trasformado completamente la obra que le dió tanto provecho en la escena de los Bufos Parisienses.

En primer lugar las extravagancias del libretto que hicieron reír durante tantos meses, se hallan como en segundo término y sin efecto notable en esta trasformacion hecha principalmente con el objeto de recrear la vista.

En suma, la opereta grotesca se ha convertido en una pieza de grande espectáculo que casi podria llamarse una ópera de magia.

Una multitud de decoraciones á cual mas brillantes, enriquecidas con todos los colores de la paleta, sirviendo de marco á cuadros asombrosos por el lujo de trajes, de sorpresas y de accesorios escénicos, tal es hoy en dia el *Orfeo*, de Offenbach, que llama poderosamente la atencion pública.

Seguramente, el compositor ha añadido á su partitura una porcion de piezas, puesto que los dos actos antiguos se han alargado á cuatro, divididos en doce cuadros; pero lo repetimos, no es la música el principal aliciente de la refundicion de que tratamos, es el aparato, obra maestra en verdad, de la maquinaria moderna combinada con el talento que distingue á los pintores de decoraciones, á los dibujantes de trajes y á los directores escénicos.

Señalaremos algunas de las vistas mas notables.

El primer acto representa la campiña de Tebas animada con la presencia de pastores, ninfas y faunos.

En el segundo acto se distingue el baile de las Horas, bonita inspiracion que representa el despertar de los dioses.

Sigue la apoteosis del Olimpo, tan numerosa, tan completa, y sobre todo tan brillante, que forma el cuadro mas asombroso que hemos visto jamás en el teatro.

¿Qué diremos del baile de las Moscas?

La luz eléctrica ilumina la escena, y en su espacioso ámbito se mueven y revolotean enjambres de insectos de todos los colores. Las moscas son una bandada de bailarinas con corpiños metálicos que se destacan en ese mundo tornasolado. Parece que toma cuerpo á nuestros ojos un sueño de las *Mil y una noches*.

Estos son los cuadros principales; pero debemos apresurarnos á añadir que no hay uno solo que deje de contribuir á la perfecta armonía de la obra.

En cuanto á los actores han abandonado un poco el carácter excesivamente grotesco del *Orfeo* de los Bufos.

Se distinguen particularmente Meyronnet, en el papel de Orfeo, Montaubry, en el de Pluton, Christian, en el de Júpiter, Mlle Cico, en el de Minerva, y la bella Matz-Ferrare, en el de Cupido.

En los papeles secundarios hay también artistas de talento, pero nos es imposible citar tantos nombres.

Pasemos á los Italianos.

La ópera de Cimarosa titulada, *le Astuzie femminili*, no se había ejecutado en París hace muchos años, y por lo tanto constituye una verdadera novedad para la generación presente.

¿Ha sido oportuna esta exhumación de una partitura completamente olvidada?

Por nuestra parte nos apresuramos á contestar negativamente. La música dramática anterior á la escuela de Rossini, ha pasado de moda, y no obstante su valor reconocido, y el entusiasmo que despierta en ciertos aficionados, el público en general se muestra indiferente á sus atractivos arqueológicos.

Además, *le Astuzie femminili*, tiene cuatro actos, y esa composición ligera y espontánea, pero de un colorido monótono, que se escucharía fácilmente en menores proporciones, acaba por cansar la atención de los oyentes desinteresados.

Después hay que observar también que los cantantes italianos han perdido la tradición de esa música anticuada, y no sirve un estudio de algunos días para encontrar el método perdido de una ejecución que exige prácticas especiales.

Sin embargo, la Brambilla, nombre ilustre en el arte, canta con precisión y buen gusto, distinguiéndose sobremedera en los puntos altos. Debassini, es un tenor suficiente en esta ópera, y Zucchini, se muestra imponderable, como de costumbre, en todos los papeles de bufo caricato. Pero de todos modos, la lucha era terrible contra la frialdad del público.

A fines de la semana se pondrá en escena *Semiramide* con la Belocca, tan aplaudida en el *Barbero* y en la *Cenerentola*; y desde ahora nos prometemos una función brillante.

MARIANO URRABIETA.

POESIAS.

Á UN ÁNGEL.

Las horas le robo al sueño
Para cantarte, ángel mio;
Que tu semblante risueño,
Viene á ofrecerme halagüeño
El porvenir que yo ansio.

Tú eres, virginal criatura,
La que mi vida embellece;
El ángel, tú, que me augura
Un existir de dulzura
Y amor que jamás fenecer.

Ángel de amor, peregrino,
Que me convidas la calma:
Ángel que va en mi camino
Mostrándome de continuo
Las bienandanzas del alma.

Tú, que viniste del cielo
Y me colmaste de amores;
Arráncame de este suelo
Cuando emprendas ya tu vuelo,
Para morar do tú mores.

Arráncame, sí, de aquí,
Que quiero morar contigo
Tras ese cielo turquí:
Para bendecirte allí,
Como aquí ya te bendigo.

Si quieres verme morir,
Tras de un incesante lloro...
No tienes mas que partir;
Que yo no podré vivir
Lejos del ángel que adoro.

Pues la vida sin amor
Se marchita cual las flores,
Que sin perfume y color,
Son del cierzo bramador
El blanco de sus rigores.

Llévame, pues, á la altura;
Que morando allí los dos
Palparemos la dulzura
De esa vida de ternura
Que se goza junto á Dios.

MANUEL GALLEGOS NARANJO.

RECUERDOS.

¿Recuerdas ¡ay! las horas deliciosas
Que de amor embriagaron nuestro ser,
Coronadas de imágenes hermosas,
De perfume, de gloria y de placer?

¿Recuerdas ese dulce desvarío
Cuando juntos soñamos un Eden;
Y si de amor latía el pecho mio,
Sentía amor tu corazón también?

Los dos cruzamos del amor en alas
Con sendas que heroseó nuestra ilusión:
Ofreciéndonos el mundo ricas galas
Bañado en ámbar de celeste don.

Los dos miramos un vistoso cielo
Sembrando de esperanza el porvenir,
Sin entrever jamás letal desvelo
En los bellos instantes del vivir.

Es grata, sí, la ilusión
Que nuestra vida embellece
Cuando se ama con pasión
Otro ser que amor ofrece
En puro y leal corazón.

El alma goza y anida
Placeres que no comprende
Y ve una luz bendecida
Que de sus rayos desprende
El bienestar de la vida.

Tú sembraste de flores mi existencia,
Mi dulce amiga, mi querer, mi cielo,
Y puse yo mil veces con anhelo
Frescas guirnalda en tu bella sien.
Una mirada tuya, un tierno halago
Eran mi gloria, mi mayor ventura,
Y tu suave sonrisa y tu faz pura
Eran mi encanto, mi supremo bien.

Mas ¡ay! que luego para siempre acaso,
Me apartó de tu lado el cruel destino
Y vacilante sigo mi camino
Sin que agite mi mente la ilusión.
Como vive penoso y desolado
El árbol que perdió su verde manto,
Derramando de hiel copioso llanto
Vive lejos de ti mi corazón.

Y de aquellos instantes de alegría,
De amor, de dicha, de esperanza y gloria,
Solo guardo un recuerdo en la memoria
De tu dulce hermosura y de tu amor:
Recuerdo santo, delicioso y puro
Que conservar el corazón anhela
Y que vive en el alma y me consuela
En el inmenso mar de mi dolor.

MANUEL ANTONIO HURTADO (CHILENO).

El movimiento anti-católico

EN ALEMANIA.

Damos en este número los retratos de dos hombres célebres bajo distintos conceptos, el de monseñor Le-

dochowski, arzobispo de Posen, el primer campeón de la iglesia romana y del papa en el reino de Prusia, y el de monseñor Reinkens, que lleva oficialmente el título de obispo de los viejos católicos. Este último ha sido excomulgado por el Padre Santo y reconocido al mismo tiempo por el gobierno prusiano que le ha hecho votar un sueldo considerable y que fomenta con todo su poder el desenvolvimiento del nuevo cisma.

No entra en la índole de la *Parte Literaria Ilustrada* del CORREO DE ULTRAMAR, el profundizar el grave debate religioso que comienza á agitar á toda la Iglesia cristiana, habiendo nacido á fines de 1854, cuando se proclamó el dogma de la Inmaculada Concepción. El alto clero, con raras excepciones, fiel á la causa del papa, dispuso medidas severas contra aquellos de sus subordinados que se negaran á aceptar el nuevo dogma; sin embargo, la crisis no se hizo seria hasta 1870, cuando el concilio de Roma proclamó solemnemente el dogma de la infalibilidad del papa.

Ciertos gobiernos tomaron abiertamente bajo su protección á los sacerdotes y seglares que se negaban á someterse á las declaraciones de la corte de Roma y M. de Bismarck, esperando aumentar su influencia con el apoyo de los disidentes, hizo votar por las cámaras prusianas las famosas leyes confesionales que el rey Guillermo promulgó en mayo de 1873 y cuyas consecuencias son incalculables.

La Suiza siguió el ejemplo de la Prusia; y en Inglaterra el partido protestante y los liberales, acaban de entrar en la arena bajo la dirección de lord Russell. Por todas partes en Alemania y en Suiza no se habla mas que de arzobispos, obispos y sacerdotes cargados con multas y encierro, privados de sueldo y expulsados. Monseñor Mermillod, obispo de Ginebra, ha sido expulsado; el arzobispo de Posen, monseñor Ledochowski ha sido encarcelado lejos de su diócesis, en tanto que se colma de honores al obispo cismático monseñor Reinkens.

Hé aquí algunas noticias biográficas sobre el arzobispado de Posen y sobre el obispo cismático, que extractamos de artículos publicados en Alemania; pero antes debemos decir algunas palabras sobre las leyes religiosas prusianas.

La primera del 11 de mayo, que trata de la educación y nombramiento de los eclesiásticos, es la mas importante.

Compónese de cinco títulos, á saber:

1. Disposiciones generales.
2. Educación preparatoria al estado eclesiástico.
3. Instalación de los eclesiásticos.
4. Disposiciones generales.
5. Disposiciones transitorias y penales.

Estos cinco títulos comprenden treinta artículos, de los cuales daremos á conocer los mas importantes.

En los tres primeros se especifica que para desempeñar una función eclesiástica en la Iglesia cristiana, es preciso ser alemán, haber sufrido las pruebas que marca la presente ley y haber obtenido el consentimiento del gobierno del Estado.

Los demás artículos señalan el orden y condiciones de los estudios en las Universidades y seminarios. Los profesores deben ser alemanes y tener diplomas universitarios del Estado; y en caso de contravención las autoridades del Estado pueden suprimir las subvenciones á los establecimientos religiosos, ó cerrarlos.

El artículo 14 prohíbe la creación de nuevos seminarios pequeños ó colegios dirigidos por sacerdotes, y los existentes no recibirán mas alumnos.

Pasemos al título III relativo á la instalación de sacerdotes y contra el cual todo el clero alemán protesta energicamente, lo que le vale cada día multas y encierro.

Los siete artículos de que se compone contienen las prescripciones siguientes:

Los superiores eclesiásticos deben dar á conocer al *Oberpraesident* los nombres de los curas párrocos titulares ó suplentes que se instalan, así como los de aquellos que cambian de residencia.

Fuera de los casos ordinarios de indignidad, el artículo 16 dice que las autoridades civiles pueden oponerse á la instalación de todo eclesiástico que haya desobedecido á las leyes del Estado, á los reglamentos interiores de administración pública ó que sean propios para turbar la paz. Esto se presta á las interpretaciones mas abusivas.

Toda vacante debe proveerse en el término de un año, bajo pena de 1,000 thalers de multa, pronunciada por el *Oberpraesident*, multa que puede repetirse hasta la sumisión. (Así se explica que el arzobispo Ledochowski tenga que pagar multas que ascienden á 9,000 thalers). Además, el ministro puede suspender el sueldo del empleo vacante y el de los miembros del alto clero donde exista la vacante.

Este último párrafo da una idea justa del espíritu que ha dictado la redacción de las leyes confesionales.

Los tres artículos del título IV, *Disposiciones generales*, no hablan mas que de las multas en que incurran los contraventores.

Las *disposiciones transitorias* del título V no presentan ningún interés.

La segunda ley promulgada el 12 de mayo de 1873, trata de los poderes disciplinarios de la Iglesia y de la creación de un tribunal regio para los asuntos eclesiásticos.

El artículo primero declara que las penas disciplinarias no pueden aplicarse sino por las autoridades religiosas alemanas.

Las revocaciones, suspensiones ó cambios de empleo, no pueden pronunciarse sin enjuiciamiento y siempre debe de oírse al procesado.

Están prohibidos los castigos corporales.

Ninguna multa puede pasar de 30 thalers.

Los artículos 5, 6 y 7 especifican que el encierro no puede pronunciarse por mas de tres meses, ni aplicarse sin el consentimiento del eclesiástico castigado.

Las casas de reclusion están bajo la vigilancia del *Oberpraesident*, que debe hacerlas visitar por sus empleados.

Nos parece inútil continuar el análisis de las leyes confesionales prusianas.

Diremos solo que la del 13 de mayo trata de « los límites del derecho de la Iglesia para hacer uso de las penas religiosas y de los medios de represión; » y que la del 14 de mayo fija « las disposiciones relativas á la salida de una Iglesia. »

Promulgadas las cuatro leyes se instituyó en Berlin el tribunal regio encargado de los asuntos eclesiásticos, tribunal que se compone de once miembros, cuyo presidente y cinco de sus asesores pertenecen de *derecho* á la magistratura alemana. Todos son nombrados por el rey, sobre la propuesta del ministro de Estado.

El tribunal está encargado de establecer la jurisprudencia en materia eclesiástica y sus fallos no tienen apelación.

Inmensa es la agitacion que existe hoy en todos los países cristianos. Al frente del cisma está M. Reinkens, soste-



Monseñor Ledochowski, arzobispo católico de Posen.

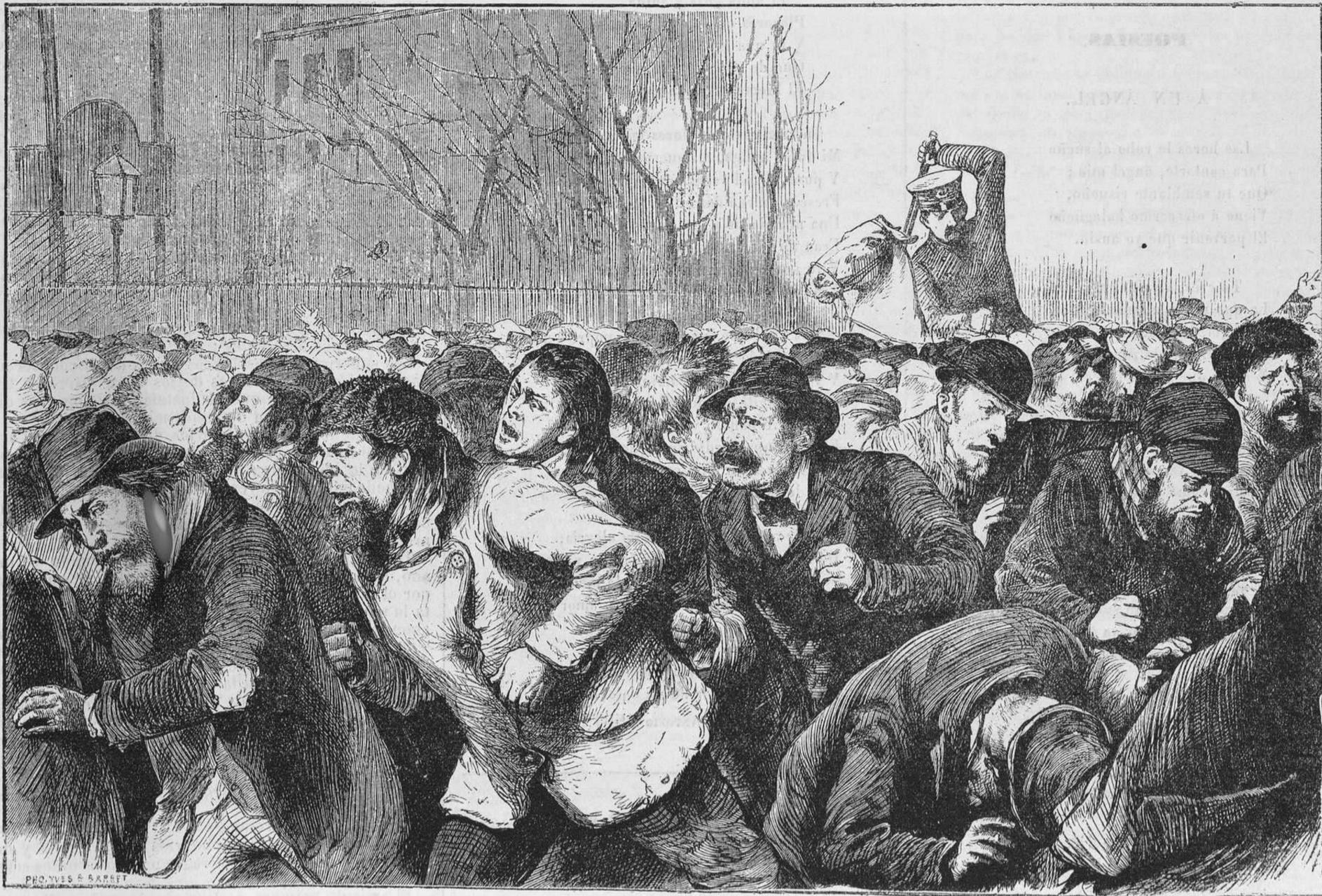
nido en Holanda por los tres obispos jansenistas de Deventer, de Utrecht y de Haarlem. M. Heykamp, obispo de Deventer, es quien ha consagrado á M. Reinkens, acto que le ha valido una carta de felicitaciones del emperador de Alemania, quien al mismo tiempo hacia acordar al obispo Reinkens un sueldo anual de 16,000 thalers (60,000 fr.)

Todo lo que precede está extractado de textos alemanes, así como la noticia biográfica de M. Reinkens. No podrá acusársenos pues de haber disimulado la verdad ni atenuado la gravedad de los sucesos expuestos.

Pasemos á la biografía del obispo cismático.

En 1870 se organizó en Alemania un partido, resuelto á luchar contra el concilio del Vaticano, y á la cabeza figuraban los profesores bávaros Doellinger, Friedrich y Huber, con José Huberto Reinkens, de Breslau, uno de los teólogos católicos mas estimados por la severidad de su moral y el incontestable talento de que habia dado pruebas como profesor, orador y escritor sagrado.

Reinkens dió su dimision de párroco de la catedral de Breslau, poco despues de proclamado el dogma de la Inmaculada Concepcion, se puso á escribir libelos contra la direccion que daba Roma á la Iglesia católica, y acabó por convertirse en encarnizado adversario de su obispo. Sus ataques contra el Concilio en 1870 y contra la infalibilidad del papa, hicieron que le juzgase un tribunal eclesiástico, el cual le declaró suspenso en sus funciones,



NUEVA YORK. — La policía reprimiendo una tentativa de manifestacion dispuesta por los comunistas refugiados.

prohibió á los estudiantes que asistieran á sus conferencias, y finalmente, hizo que le excomulgaran.

A consecuencia de estas decisiones fué considerado como uno de los principales jefes del partido que pretendia constituir en Alemania una Iglesia autónoma á título de protesta contra el dogma de la Infallibilidad. Este partido tomó el nombre de *Viejo-Católico*.

Reinkens nació de 1821 en Burtscheid, de una familia pobre. En su juventud trabajó en una hilandería de Aix-la-Chapelle, mientras seguía los cursos del gimnasio, y gracias á su aptitud, fué admitido en clase de estudiante indigente en la Universidad de Bonn en 1844.

Tres años despues entraba en el gran seminario de Colonia, justamente cuando estallaba la revolucion de 1848. No se dejó arrastrar por la corriente revolucionaria y por segunda vez siguió los cursos de la Universidad de Bonn y luego los de la célebre Universidad de Munich, donde se graduó de doctor en teología.

En 1850, el príncipe-obispo Diepenbroek le llamó á la Universidad de Breslau, donde hizo un curso de historia de la Iglesia en calidad de *Privat-docent*; en 1852, le nombraron segundo predicador de la catedral; en 1853, profesor suplente, y en 1857, profesor de teología.

Poco despues el príncipe-obispo Foerster le quitaba todas sus funciones por causa de su oposicion á la corte de Roma.

Durante el concilio de 1870, cierto número de teólogos ca-



M. Reinkens, obispo de los viejos-católicos alemanes.

tólicos conocidos se reunieron el Nuremberg para hacer una protesta contra el dogma de la Infallibilidad y declarar implícitamente que se separaban de la Iglesia romana.

Seguidamente se efectuaron los congresos de Munich en setiembre de 1871, de Colonia en 1872 y de Constanza en 1873, en los cuales se decretó la organizacion de los viejos católicos.

No hay para qué añadir que Reinkens se halló en todas partes distinguiéndose como uno de los espíritus mas ardientes por sus discursos y por sus escritos. El número de los viejos católicos se aumentaba de día en día, y habiendo llegado á contar mas de 60,000 adherentes en el imperio de Alemania, se pensó en darle organizacion, haciéndole elegir un obispo encargado de dirigirle y administrarle.

Reinkens fué nombrado obispo en el congreso de Colonia, y aunque en un principio declinó el cargo, tuvo por fin que aceptarle ante las instancias de los principales sacerdotes del partido viejo-católico.

El 14 de agosto último fué consagrado obispo por el obispo jansenista Heykamp, de Deventer (Holanda), é inmediatamente despues, el nuevo dignatario dirigió á los viejos católicos, un mandamiento episcopal para explicarles cómo comprendia sus derechos y deberes.

El profesor Reinkens fué reconocido oficialmente en calidad de obispo por el gobierno prusiano, al cual prestó juramento de obediencia; el gobierno de Baden siguió



Inauguración de los tramways en el Havre.

este ejemplo. En noviembre último, el papa excomulgó á José Huberto Reinkens, como *obispo de mentira*, y extendió la excomunión á sus adherentes y á cuantos reconocieran su carácter sagrado. El obispo excomulgado publicó el 14 de diciembre un mandamiento en el cual pretende demostrar, en contestación á la bula del papa, que lejos de ser cismático, su enseñanza es la que está conforme con la sana tradición católica.

En nuestro próximo número daremos la biografía de monseñor Ledochowski, no haciéndolo hoy porque esperamos mas datos para que sea completa y detallada.

A. W.

Los comunistas en América.

De un periódico americano copiamos el grabado que verán nuestros lectores, que representa un *meeting* dispersado por la policía de Nueva York, celebrado por algunos individuos que figuraron en la *Commune* de París y en otras juntas comunistas de España. El 13 de enero, el jefe de la policía rehusó otorgar la autorización que se le pedia para que se celebrara este *meeting*, porque la mayor parte de los obreros de la ciudad habían manifestado que declinaban toda comunidad de ideas con los promovedores de la reunión.

A pesar de esto, cinco mil individuos de diferentes nacionalidades y que pertenecían á diversas profesiones, se reunieron en Tompkin-Square á las diez de la mañana. Como esta multitud no tenía elegido presidente y carecía de organización, constituían una verdadera barahunda. La policía trató entonces de que se evacuara la plaza; pero cuando el sargento Berthold avanzó con su escuadra para abrirse paso entre la multitud para dispersarla, los revoltosos opusieron la mas viva resistencia, empezando desde este momento la lucha en medio de los gritos mas espantosos. Durante esta confusión, el sargento Berthold recibió en la cabeza un martillazo de un individuo, que, despues de preso, declaró llamarse Christian Meyer. Otros muchos policemén fueron tambien heridos, aunque ligeramente; pero lograron que los alborotadores abandonaran Tompkin-Square, dispersándose en todas direcciones.

La mayor parte de los revoltosos eran extraños á la ciudad y hasta á la América. Así que, durante la lucha causaba una verdadera cacofonia los juramentos, las imprecaciones y los gritos proferidos en idiomas y dialectos los mas distintos. Los individuos detenidos fueron conducidos á la prision, despues de haberles tomado declaración el juez instructor.

Ya verán nuestros lectores que si los obreros de los Estados Unidos se creen con derecho de reunirse para tratar de sus intereses, no consideran por esto que debían secundar á los que solo tratan de promover cuestiones económicas ó sociales con el único objeto de alterar la tranquilidad pública.

R. M.

Inauguración de los tramways

EN EL HAVRE.

¡Los tramways! A pesar de que esta palabra se pronuncia en todos los países, creemos sin embargo que son pocos los que conocen su verdadera significación ó que creen que son medios de locomoción que no tienen nada de comun con el inventado por los americanos.

Desde hace algunos años, los tramways se han establecido solamente en Bélgica, Alemania, Suiza é Inglaterra; y si bien la Francia se ha presentado en apariencia opuesta á esta innovación, debemos ahora consignar que esta cuestión empieza á preocupar á varias empresas, y que muchos de los consejos municipales han solicitado y obtenido del gobierno la competente autorización para que provea á sus respectivas poblaciones de esos medios de transporte, que tan inmensos servicios pueden prestar á sus habitantes.

A la ciudad del Havre la corresponde el honor de haber tomado la iniciativa y de poseer hoy la primera red de tramways construida en Francia, gracias á los capitales suministrados por los Bancos francés é italiano, y á la acertada dirección dada á los trabajos por M. F. de la Hault, encargado de la organización de la empresa, por esta institución de crédito.

Nuestro dibujo está tomado en la plaza del Hotel de Villa, para que nuestros lectores puedan enterarse del interior de los coches. Están provistos por detrás y por delante de dos plataformas iguales, á las cuales se enganchan indistintamente los caballos, lo cual permite que los coches no giren jamás. Sobre cada plataforma pueden colocarse el cochero, el recaudador y siete personas á quienes se les permite fumar.

En el interior caben diez y seis personas y son bastante anchos para que puedan circular fácilmente. Cada coche está dividido en dos compartimientos, separados por una corredera, y que están clasificados en primera y segunda clase. El trayecto se recorre con mucha rapidez, sin grandes sacudidas, y los coches, con el auxilio de un freno que tienen á su lado, detienen fácilmente el carruaje á la menor señal, para tomar ó dejar los viajeros. En la formación de las tarifas se han tenido presentes los precios que se exigen en Inglaterra, con arreglo á la distancia que recorre; pero el mas largo trayecto viene á costar 35 céntimos en primera clase.

La línea ha sido abierta al público el 1º de febrero. La inauguración, favorecida por un tiempo magnífico, tuvo lugar en medio de un numeroso concurso, atraído por la novedad y por los temores que muchas personas habían concebido de que no se establecería un sistema de locomoción que les era completamente desconocido. La línea se extiende desde Gravelle, en donde están situados los edificios de explotación, hasta la playa enfrente de la fonda Frascati, despues de pasar por delante del Hotel de Villa y siguiendo la calle de París en toda su longitud.

Desde las primeras horas de la mañana, los coches fueron tomados por asalto á pesar de los esfuerzos de los conductores, de los agentes de policía y de los ingenieros encargados de las obras, que se multiplicaron en todas partes para auxiliar á los desgraciados empleados, que poco al corriente de este servicio, se volvían locos en medio de aquella confusión. A pesar de la imprudencia de la multitud, felizmente no hubo que lamentar ninguna desgracia.

Hoy que hemos visto establecidos los tramways y comprendido las grandes ventajas que de ellos pueden obtenerse, no podemos menos de aconsejar á todas las poblaciones importantes que establezcan este nuevo sistema de locomoción.

J. M.

Un Aniversario.

(Continuación. — Véase el número 1,101.)

— Jacobo, le dijo incorporándose con dificultad y colocando su mano ya fría sobre la de su marido. Deseo pedirte un favor...

— Ya sé, Esther, lo que me quieres decir, la interrumpió Loew en un tono que probaba el dolor de que se hallaba poseído. No hablemos mas, te lo ruego.

— Perdónala, Jacobo, perdónala, exclamó la enferma, á la vez que sus mejillas, antes tan pálidas, se habían cubierto de un color de púrpura.

— No continúes, añadió Loew con voz conmovida, porque aunque te lo prometiera, estoy seguro que no podría cumplirlo; no quiero en momentos tan solemnes como este faltar á la verdad. Ya sabes que esa niña me ha ofendido mucho, para que yo pueda jamás....

— ¡Es muy singular! dijo Esther despues de trascurridos algunos minutos, en que parecia que trataba de hacer un esfuerzo supremo para continuar su conversación; ¡ver que los padres mas inexorables con sus hijos, son precisamente los que mas han contribuido á perderlos!...

— ¡Esther! gritó Jacobo Loew con voz irritada.

— Déjame hablar, Jacobo, porque muy pronto habré dejado de existir. Si, Jacobo, tú eres el que has perdido á tu hija, imbuyéndola esas ideas de lujo y de vanidad. Ya sabes que no encontré tampoco justo que eligieras para marido de Blumelé á un hombre que hubiera sido el ludibrio de la población.... Estos disgustos, y las escenas que he presenciado, me han causado una gran amargura, y tal vez hayan sido causa del estado en que me veo. Con semejante conducta, ¿qué querías que hiciera tu hija?... Perdónala, Jacobo.

— No, no puedo ni debo perdonarla, contestó Loew en tono conmovido á la vez que inflexible.

Los esfuerzos que Esther había hecho para prolongar la conversación con su marido, habían agotado sus fuerzas.

— Me siento morir, Jacobo... en nombre del cielo, no dejes penetrar aquí á esas mujeres; no quiero á mi lado personas extrañas.

Jacobo Loew se estremeció al oír estas palabras, poniéndose á recitar la oración de los agonizantes.

— Escucha, Israel, nuestro Dios es un Dios único. Cada palabra de Loew era repetida por la pobre enferma. Cuando las mujeres caritativas, que estaban en una habitación próxima, oyeron recitar esta oración, entraron repentinamente. En este momento fué cuando Esther exhaló el último suspiro.

— ¡No quiero tener á mi lado personas extrañas! exclamó Esther antes de morir.

¿Esta idea no era la misma que tan preocupado tenía á Loew? Es decir, que deseaba las tiernas caricias de su hija, y no los cuidados que prestan las personas mercenarias.

Para cualquier otro que no fuera Jacobo Loew, el ruego hecho por un moribundo hubiera sido suficiente para que su corazón se mostrara compasivo hacia su hija; pero á este hombre solo le sirvió para que per-

severara en su conducta, porque recordaba el completo aislamiento en que se veía, y entonces consideraba á su hija aun mas criminal. Así fué que desde la muerte de Esther sentía aumentar su aversión hacia la que la privaba del *Kadisch*. Desde entonces su odio fué en aumento, y al observar que cada vez el recuerdo de su hija se alejaba de su corazón, experimentaba cierta satisfacción, pues suponía que muy en breve estaria completamente borrado.

Desde entonces Jacobo Loew empezó á alejarse del mundo y á descuidar sus negocios, hasta que concluyó por renunciar á ellos. Jamás salía de su casa sino para ir á la sinagoga, á fin de recitar el *Kadisch* por Esther, cumpliendo así los deberes religiosos, á falta de hijos y nietos. Desde el día del aniversario, la casa de Loew se constituyó en una verdadera ermita. El movimiento que se observaba en Ghetto no llegaba hasta él, y cuando alguno le hacía una visita, le recibía con frialdad y su conversación consistía en algunos monosílabos expresados en tono de mal humor. Por fin sus amigos se convencieron que el mejor medio de conservar buena armonía con Loew, era alejarse de él.

De vez en cuando, y particularmente en los primeros años, Loew solo recibía las visitas del cartero. Las cartas llevaban el sello de una pequeña ciudad de Hungría; pero ninguna llegó á su destino, pues todas fueron rechazadas por Loew con una lamentable obstinación.

La única persona que se presentaba en casa de Jacobo Loew era su sobrino Maier, el hombre de las cuatro manos. Desde que el desgraciado padre percibía á su sobrino, que era todas las noches, se le conocía en su semblante la alegría que brotaba de su corazón.

En medio de la simpatía que existía entre estos dos seres, jamás pronunciaban el nombre de Blumelé; parecia que entre ambos existía un contrato tácito de no proferirlo jamás.

Habían trascurrido algunos años, cuando una noche de invierno, Maier, por un descuido sin duda colocó sobre la mesa un papel doblado en cuatro, que se parecia á una carta.

— ¿Qué papel es ese? preguntó Jacobo Loew mirando á Maier con aire irritado, al mismo tiempo que echaba lejos de sí la carta.

— Una carta, balbuceó Maier, cogiéndola apresuradamente con sus largos brazos para ocultarla en su bolsillo.

— Maier, añadió Loew despues de algunos momentos ya sabes que no se me engaña fácilmente. Esa carta es de *ella*...

— Es verdad, contestó Maier como perplejo y sin atreverse á dirigir la vista á su tío.

— ¿Ella te ha escrito?

— Sí, señor; me suplica le diga el día del aniversario de la muerte de su madre.

— ¿Y tú le has contestado?

— Sí, señor.

Despues de trascurridos algunos momentos sin que ninguno se atreviera á pronunciar una palabra, Loew se dirigió á Maier, diciéndole:

— Continúa jugando: tú eres mano.

Era una noche de estío en que la luna despedía sus plateados rayos sobre Ghetto, antes tan tranquilo, y que entonces se veía turbada en sus sueños por los ladridos del perro de Jacobo Loew. Los astros que se formaban una admirable armonía con aquel planeta oscilaban en el firmamento; grupos de estrellas errantes se desprendían de la bóveda celeste para apagarse en su trayecto, dejando detrás de ellas un rastro de luz, mientras que la luna continuaba su revolución silenciosa y majestuosamente. Pero como ya hemos dicho al principio de esta historia, mas abajo del cielo y en el patio de la casa de Loew, un perro no cesaba de aullar. Le proximidad, sin duda, de alguna persona que se movía en el banco de piedra que había delante de la casa, le tenía inquieto y receloso; se hubiera creído distinguir la voz de dos personas, y de vez en cuando parecia que se oían los lloros de un niño que alguno trataba de acallar.

Serían las dos de la mañana, y en el momento en que la luna brillaba en todo su esplendor, alumbrando la casa de Jacobo Loew, una ventana se abrió en el primer piso.

— ¿Quién está ahí? gritó una voz de hombre.

El perro, que reconoció la voz de su amo, cesó en sus ladridos.

— ¿Quién está ahí? repitió la misma voz desde el primer piso.

El mismo silencio.

Entonces se oyó un ligero gemido y algunos sollozos contenidos que parecían salir de un alma presa de la mas viva aflicción... Entre tanto, el perro volvió á renovar sus lamentables aullidos.

Despues que trascurrieron algunos momentos, la ventana se cerró...

La luna empezaba ya á declinar. Ya las estrellas iban perdiendo su brillo á medida que los rayos luminosos de la aurora iban extendiéndose sobre el horizonte; un viento frío reinaba en aquel momento, y el suelo se veía todavía húmedo del rocío con que esta misma aurora acababa de regar la tierra, todavía alargada. En este momento, nada turbaba el silencio de la noche.

Un instante despues se abrió la puerta de una de las casas situadas enfrente de la de Jacobo Loew, oyéndose á poco tiempo los pasos de un hombre que

parecía acercarse... En el banco nadie se movía... Un conmovedor espectáculo se presentó á los ojos del que se había detenido en el banco...

Una mujer estaba sentada con la cabeza inclinada sobre el pecho. En sus rodillas descansaba un niño... los dos dormían... Una larga trenza de cabellos negros caían por debajo de la papalina de esta mujer y se esparcía en largos rizos sobre la cabeza del niño.

¡Qué hermosa estaba esta desgraciada, aun en medio de sus lágrimas!

El recién llegado parecía experimentar una viva emoción al contemplar el aspecto de este grupo, y cubriéndose el rostro con ambas manos, sus labios balbucearon:

— ¡Blumelé!

Al oír este nombre, dos hermosos ojos negros se abrieron; la cabeza de la mujer se levantó, y al separar con sus manos la trenza de cabellos negros, pudo distinguirse un rostro pálido y demacrado.

— ¡Blumelé! exclamó por segunda vez el desconocido.

Entonces la joven pasó lentamente su mano sobre su frente.

— Ya estoy de regreso, dijo como si saliese de un sueño: un día más, y hubiera faltado al aniversario.

Un frío interior que hizo estremecer todos sus miembros, la acabó de despertar.

— ¡Maier! ¡desgraciada de mí! exclamó la joven inclinándose de nuevo la cabeza sobre su pecho.

— ¿Me has conocido, Blumelé? dijo Maier con un entusiasmo que revelaba el amor que aun sentía su corazón, prorumpiendo después en sollozos que no podía contener.

— Maier, ¿no me desprecias al verme? gritó Blumelé algunos momentos después, sin atreverse á levantar los ojos.

— ¡Oh, no! Bienvenida seas, mi querida Blumelé, la dijo Maier tendiéndola al mismo tiempo la mano.

Al escuchar estas palabras, Blumelé se estremeció de nuevo, sin apresurarse á coger la mano que Maier le tendía.

— ¿Estoy por ventura en mi casa, para que me felicites mi bienvenida?

— ¿En dónde crees que estás? ¿no estoy yo á tu lado?

— Maier, le contestó la joven en un tono que revelaba las terribles angustias que destrozaban su corazón, ¿creerás que he pasado toda la noche en este banco... con mi hijo?... El perro no ha cesado de ladrar... y sin embargo, nadie ha salido á buscarme. ¿Crees que un padre puede dormir con tanta tranquilidad sabiendo que su hija está cerca de él, á la intemperie y sin un techo que la dé abrigo?

— ¡Toda la noche! repitió Maier temblando de cólera y de compasión.

— ¿No crees, Maier, que ha debido verme? añadió la joven llorando y echando al mismo tiempo una mirada hacia las ventanas de su padre.

Maier no la contestó. Después de haber trascurrido algunos instantes, le dijo de repente:

— Ya sabes, Blumelé, que he sido siempre tu amigo... y he sido franco contigo.

— No puedo menos de confesar que siempre fuiste mi amigo, dijo Blumelé con voz apagada; pero yo, que...

— No me hables de eso, Blumelé, y si no dudas de mi sincera amistad, no vacilarás en hacer todo lo que tu primo Maier te diga. Vamos, dime: ¿me obedecerás?

Blumelé tenía la cabeza inclinada sobre el pecho.

— No es posible que te quedes un minuto más en este sitio, añadió Maier... y como no conviene que tu padre sepa que estás aquí, es preciso que vengas á nuestra casa. Allí podrás descansar, porque es preciso que mis padres ignoren también que vives en su misma casa, hasta que haya llegado el momento oportuno de decirselo.

— ¿Y de dónde vienes á estas horas? le interrumpió Blumelé, que no parecía haber prestado mucha atención á las palabras que el joven acababa de pronunciar.

— Me dirigía á un pueblo próximo, contestó Maier como vacilando en la contestación que debía dar, pero creo que el aldeano á quien debía comprar una partida de lana, bien podrá esperar todavía algunos días más... Vamos, ¿vienes, Blumelé?

— ¿Crees, Maier, que deba yo alejarme de la casa paterna?

— Vamos, ven, Blumelé, le suplicó Maier.

El tono de su voz, que revelaba su emoción y sinceridad, decidieron á Blumelé á no insistir.

Entonces la joven se levantó, al mismo tiempo que envolvía con el mayor cuidado á su hijo entre los pliegues de su pañuelo, le dijo:

— Maier, estoy resuelta á seguirte.

— En este caso, dame el niño, le contestó Maier.

Los hermosos ojos negros de Blumelé se fijaron en Maier, como demostrando cierto temor; pero después de un instante de vacilación, concluyó por decidirse á confiarle su hijo.

— Ahora vamos, Blumelé.

Ambos jóvenes avanzaron en medio de la oscuridad, llegando muy en breve á la casa de Maier. Cuando pisaron el umbral de la puerta, que Maier abrió con mucho cuidado, un resplandor apareció en el Oriente, iluminando con su reflejo á Blumelé y á Maier, mientras que á su alrededor todo estaba sumergido todavía en los vapores del crepúsculo. ¿Sería quizás un buen

augurio esta luz que vino á herir á ambos jóvenes? Maier ocupaba en la casa de sus padres una habitación situada en una especie de torre, á la que se llegaba por una escalera muy pendiente, casi perpendicular. La pieza destinada á su prima era una especie de fortaleza en donde no se podía entrar sin permiso del que la ocupaba.

Cuando Maier depositó en su lecho al hijo de Blumelé, que seguía durmiendo, no pudo menos de admirar la hermosura de este niño; tenía todas las facciones de su madre, ese semblante de la que tanto había amado desde que la vió. Durante algún tiempo se quedó al lado del niño, como sorprendido de su belleza... después le envolvió con gran cuidado entre los suaves pliegues de la colcha.

— ¡Cuando recuerdo que has pasado toda la noche á la intemperie, murmuraba Maier como hablando consigo mismo, y que yo estaba en mi cama, como si no estuvieras cerca de mí!

Entre tanto, Blumelé estaba parada á la puerta, sin atreverse á entrar.

— ¿Y tú, Blumelé, no quieres descansar un poco? la dijo Maier. Saldré de la habitación y me quedaré á la puerta, por si me necesitas.

A estas palabras Blumelé se echó á llorar. La pobre joven conocía toda la magnitud de su desgracia; comprendió que no debía aceptar la hospitalidad de aquel á quien tanto había ofendido, y menos consentir que cuidase del hijo de Stern.

Poseída de esta idea, exclamó:

— No he procedido tan bien contigo para que merezca los cuidados que me prodigas. No, tú debías arrojarme de tu casa.

— No hablemos de eso, Blumelé. Voy á prepararte una buena cama para que te acuestes.

— No, no, contestó Blumelé en medio de su dolor: ¿he venido aquí para descansar? Es preciso que abra mi corazón.

— Ya me lo contarás después que hayas reposado, le interrumpió Maier.

— No, Maier, es preciso que te lo diga, y así podré descansar mejor.

Convencido Maier que no debía oponerse por más tiempo á los deseos de Blumelé, se sentó junto á la cama en que dormía el niño, y ella se colocó en un taburete.

Como todas las confidencias de este género, la de Blumelé adolecía de cierta confusión de ideas, mezclando en su relato lo pasado con lo presente. Por lo demás, en su triste historia contó ciertos hechos con una exactitud y sinceridad extrañas.

Después de contar de una manera sucinta su llegada á la patria de su marido, añadió que había sido abandonada por este, encontrándose sin apoyo ni protección en un país extraño con un niño de corta edad.

— ¿Qué dices, Blumelé? ¿Stern te ha abandonado! le interrumpió Maier, levantándose al mismo tiempo, ciego de cólera.

— ¿Qué quieres? añadió Blumelé con amargura; Stern había nacido para vivir entre los nobles, y no era posible que se encargara de sostener á su mujer y á su hijo.

— ¿En dónde está ahora ese generoso Stern? preguntó Maier en un tono que hizo estremecer á Blumelé.

— ¡Maier! le interrumpió Blumelé al mismo tiempo que sus ojos se cubrían de lágrimas.

Comprendiendo Maier el sentido de esta mirada, añadió, sentándose al mismo tiempo:

— ¿Y sabes á dónde ha ido?

— Se ha trasladado á América.

Desde este momento, Maier no trató de interrumpir la historia que Blumelé había empezado á referir.

En los primeros años había encontrado en su nueva patria todo lo que Stern había indicado en sus seductoras descripciones. El mismo Stern fué para ella de una rara previsión, sin que cesara de repetir que su dicha databa del día que se había casado con Blumelé. El nacimiento de su hijo vino á aumentar la felicidad en que ambos esposos vivían.

Su dicha era tan grande, que había llegado á olvidar á su patria, y hasta los mismos disgustos que causó á sus padres y que la habían perseguido como á una sombra, llegaron á borrarse de su imaginación. Creía, por último, que todo lo que la rodeaba respiraba felicidad y una tranquilidad la más perfecta. Los años trascurrieron, y con ellos vinieron los disgustos que turbaron la paz de que gozaban.

Al llegar á Hungría, Stern emprendió una especulación con la dote de Blumelé, que consistía en roturar terrenos incultos de muchas leguas de extensión. Blumelé, como educada en la casa paterna, en donde existía la más estricta economía, y se ahorraba hasta un kreutzer tratándose de negocios, advirtió muy pronto que Stern había emprendido una especulación que no guardaba proporción con su capital. Además, sabía por haberlo visto en su país, que era preciso hacer grandes esfuerzos, introducir el orden y la economía más estricta, y soportar mil privaciones cuando no se contaba con grandes capitales. Por el contrario, Stern se había establecido como si disfrutara de una buena renta. Blumelé comprendía que en Bohemia se procedía de otra manera, y sin embargo, nada le dijo hasta que un día, creyendo notar en su marido una nube de tristeza, se aventuró á hacerle una ligera observación. Desgraciadamente Stern la rechazó diciéndole que era una verdadera bohemia, que sin duda conservaba aun en la suela de sus zapatos el espíritu

mezquino que tan inherente era al carácter de sus habitantes, y que le recordaba que no vivía ya en Bohemia.

— ¿Qué sería del mundo, añadió, si estuviera poblado solo de bohemios? Pero afortunadamente, todavía existen húngaros en la tierra.

Desde este momento empezaron las disidencias en el matrimonio. Cuando Blumelé se oponía á alguna de las extravagancias de Stern, le contestaba que era una manía de bohemia. El orgullo que se había observado en sus primeros años, y que tanto hubo admirado en Ghetto, se aumentó hasta el punto de despreciar á su mujer y á su hijo. En lugar de dedicarse á sus negocios, pasaba una gran parte del día jugando, cazando y paseando á caballo con los más nobles húngaros. En estas reuniones era, según él decía, en donde estaba llamado á vivir. En medio de esta vida de disipación, la naturaleza ya no tenía los encantos que antes admiraba.

Al observar Blumelé la conducta de su marido, comprendió la vida de aflicción que le esperaba, y su posición era tanto más horrible, cuanto que se hallaba lejos de su familia. Así que á poco tiempo fué acometida del mal del país, y en esta triste situación, solo su hijo la consolaba y le daba valor; en medio de su amargura, ya entonces ansiaba salir de Hungría y vivir en su país al lado de su familia. En una ocasión en que manifestó á Stern su deseo de regresar á Ghetto para rezar el *Kadisch* sobre la sepultura de su madre, le dió esta contestación:

— No creo que tu madre saque ninguna utilidad de tu viaje á Ghetto.

Y después añadió que ignoraba el beneficio que pudiera sacar ella misma de tal expedición.

Algunos días después, Stern hizo un viaje que, según el mismo indicó, duraría algunas semanas; pero á los quince días Blumelé recibió una carta suya, escrita en Liverpool, en la que le anunciaba su emigración á América, por no haber encontrado en Hungría la felicidad que había soñado, y ofreciendo escribir á su llegada á California.

Desde entonces Blumelé se consideró, puede decirse libre de Stern; y después de recoger los restos de su dote, y de arreglar los negocios que su marido había dejado en un estado deplorable, se puso en camino para Bohemia con su hijo. Ya su único deseo era poder llorar sobre la tumba de su madre en el día del aniversario de su muerte, y para conseguirlo estaba pronta á soportarlo todo, disgustos, persecuciones, castigos; todo lo aceptaba con la mayor resignación, pues de este modo podía purificar su alma culpable.

(Se concluirá).

Nuevo modo de matar los bueyes.

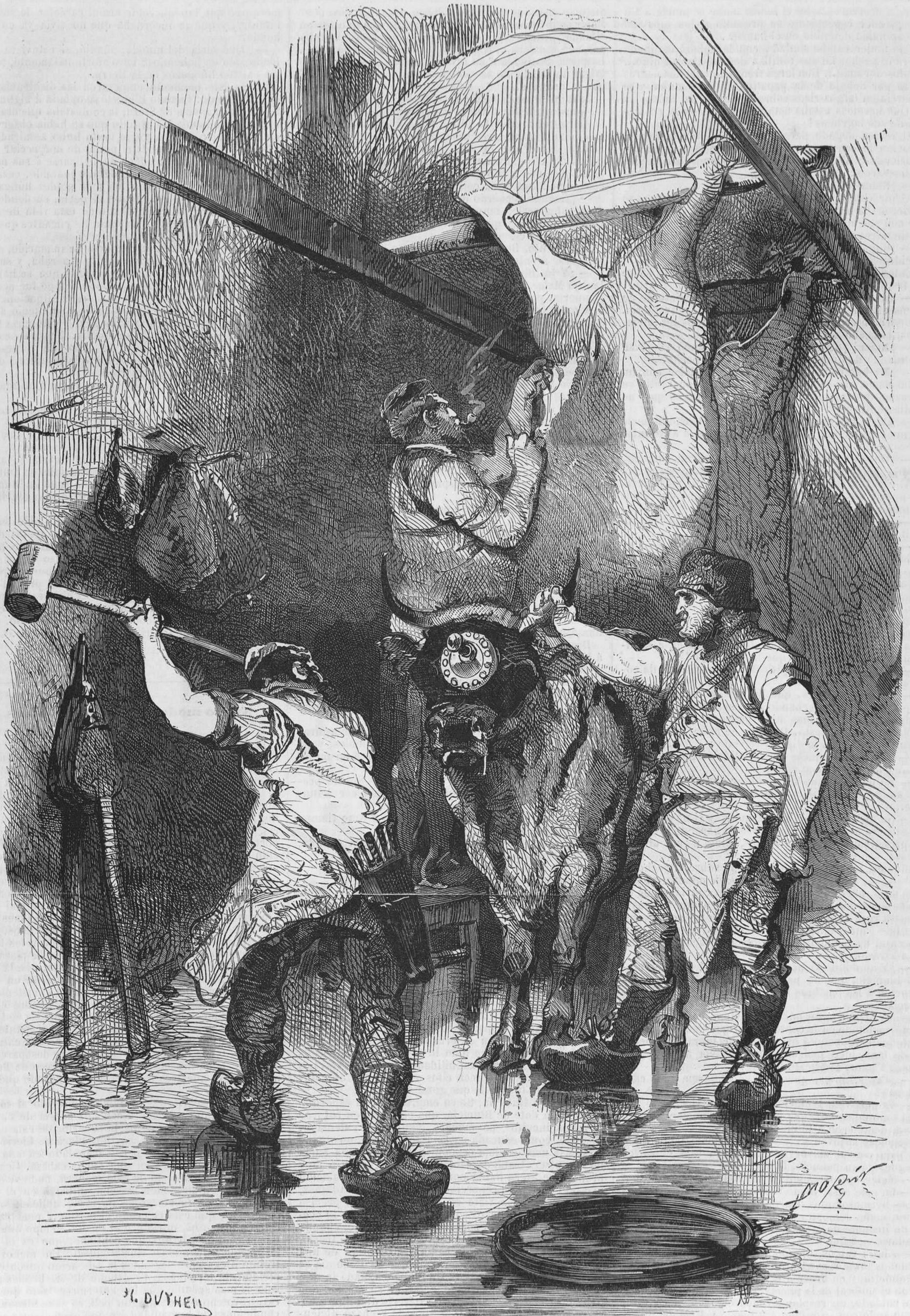
El día en que Dios concedió al hombre el derecho de alimentarse de la carne de los animales, le dió á la vez la facultad de matarle, pero ordenando también que no fuera cruel. Era, pues, preciso que en la triste faena de la inmolación de los seres destinados á nuestro mantenimiento, el hombre no fuera inhumano. Desde que se establecieron los mataderos en París, se han seguido diferentes métodos y hecho no pocos estudios. En un principio, el animal era conducido al matadero, en donde se le obligaba á tener la cabeza baja por medio de una cuerda ó cable atado á una argolla que había en el pavimento. Entonces el carnicero le aplicaba uno ó diferentes golpes con un mazo en medio de las astas. Cuando el animal caía era cuando empezaban las diversas operaciones que nuestros lectores nos permitirán les omitamos.

Después se siguió el sistema que emplean los toreros españoles para acabar á un toro en la plaza, es decir, introducirle la espada de tal modo, que la médula espinal queda completamente rota de un solo golpe; y por último, también se ensayó el sistema inglés, que permite obrar con más eficacia sobre el cerebro, produciendo un repentino síncope.

Estos medios eran insuficientes bajo el punto de vista de la humanidad y de la calidad de las carnes; pero hoy todos estos inconvenientes han desaparecido con el sistema introducido por un carnicero de París, según verán nuestros lectores por el grabado que les presentamos.

El animal, sea toro ó vaca, es conducido al matadero, en donde se le cubre con una careta de cuero, atada con correas. En la parte superior de esta careta, que le cubre los ojos, hay una placa de hierro batido, en la cual pasa un perno acanalado en una extremidad, terminando en una ancha cabeza. Cuando el animal está cubierto de esta manera, nada ve de lo que pasa á su alrededor, cayendo muerto en el momento que un fuerte golpe de mazo aplicado á la cabeza, en que está colocado el perno, y penetrando este en los sesos, introduce al mismo tiempo una pequeña cantidad de aire que contiene, que es el que le produce la muerte instantánea. En menos de treinta ó cuarenta segundos la operación queda completamente terminada. El sistema de M. Bruneau no solo es más sencillo que los anteriores, sino que los carniceros no corren ningún peligro y se llenan las condiciones de humanidad, ya que es necesario sacrificar á estos animales para atender á nuestro sustento.

R.



PARIS. — Nuevo modo de matar bueyes aplicado actualmente en los mataderos de la Villette.



LILA. — Nuevos edificios del hospicio de Santa Eugenia en Lila.

El hospital de Santa Eugenia en Lila.

Este hospital acaba de ser construido en Lila, por la administracion de los establecimientos de beneficencia de la misma ciudad.

El hospital que representa nuestro dibujo, ocupa un espacio de 3,800 metros cuadrados y está completamente aislado de los demás edificios por anchos bulevares y calles largas que desembocan en todas direcciones. El nuevo edificio comprende el hospital, una casa de salud para los enfermos pensionistas que contiene cuarenta camas, y un edificio completamente separado para las enfermedades contagiosas con cincuenta camas.

El hospital reúne 400 camas, divididas en cuatro compartimientos principales, separados entre ellas y dispuestas simétricamente de dos en dos para cada sexo. Cada compartimiento se compone de un piso bajo, algo elevado del suelo, y dos pisos; formando cada uno una gran sala con veinte y dos camas, una pequeña de seis, una habitacion para los convalecientes con cinco, un oficio con baño, un gabinete para la hermana de caridad y un refectorio. En el piso bajo, la sala para los convalecientes se ha sustituido por una de operaciones. Todas las salas están provistas de agua. Los baños están colocados en los sótanos, que reciben luz por un patio construido á la inglesa, de 2 metros 50 de longitud y colocado al Mediodía. Un ascenso hidráulico pone á los sótanos en comunicacion con todos los pisos.

Vastos patios, jardines, galerías cubiertas y cerradas por cristales, y grandes habitaciones de descanso bien calentadas, se han establecido en el entresuelo para que sirvan de recreo y de paseo á los enfermos. La capilla y la cocina se encuentran en el centro del edificio y están en comunicacion por medio de galerías con todos los edificios. Las hermanas de la caridad están colocadas separadas del hospital. Las salas destinadas á las autopsias y el depósito de cadáveres, están

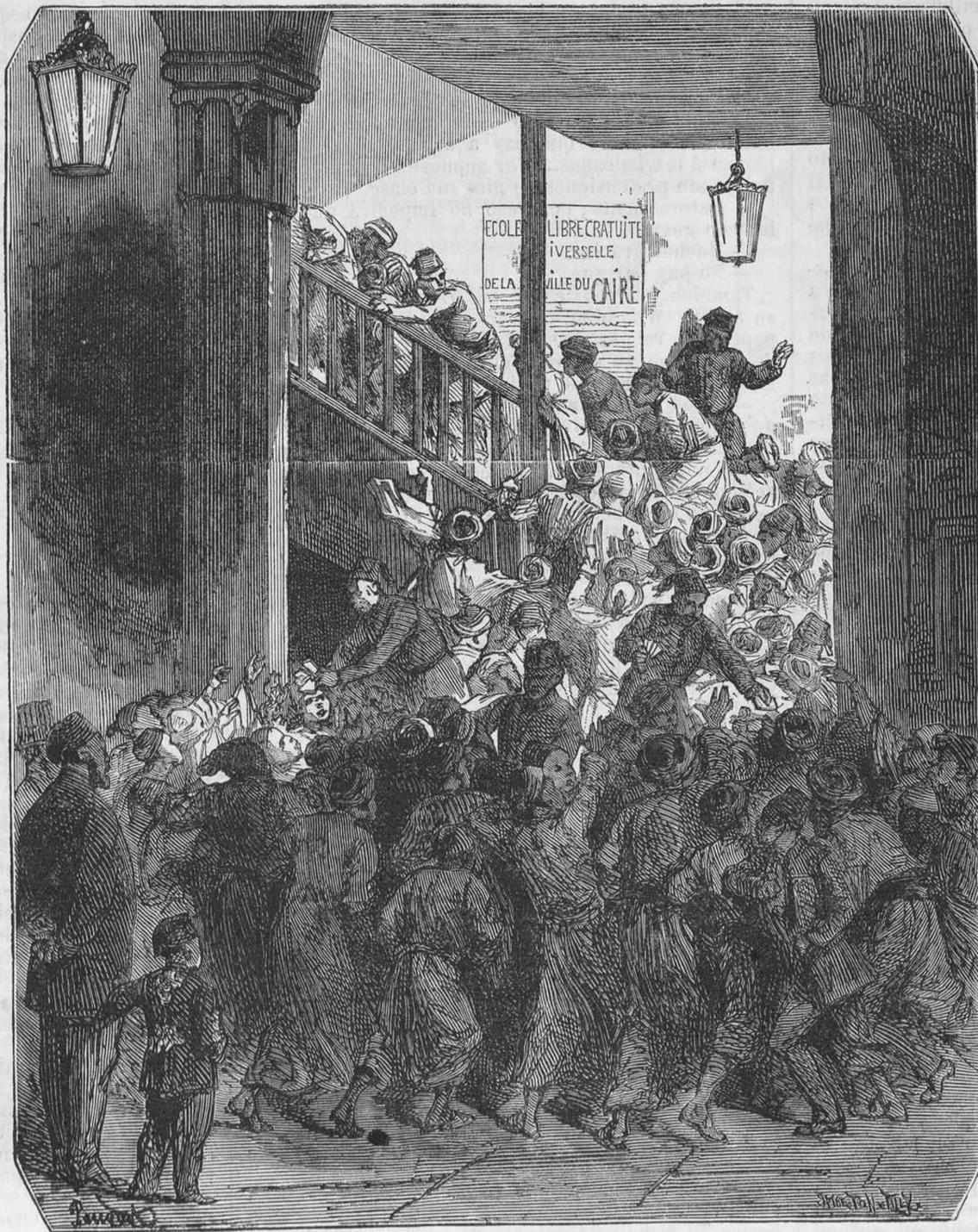
completamente aislados. Una capilla especial, está consagrada á las ceremonias fúnebres.

El sistema que se ha empleado en este hospital para calentarlo y ventilarlo, es el conocido con el nombre de aspiracion, con arreglo á las instrucciones dadas por el general Morin. Las experiencias hechas por una comision competente, han dado los resultados siguientes: 18 grados de calor y 184 metros cúbicos de aire extraídos por hora y por enfermo. Merced á esta enérgica ventilacion, se ha podido, durante la

guerra, proporcionar á la ambulancia militar, á pesar de la gran aglomeracion de heridos, medios de curacion muy superiores á los que dan otros establecimientos de la misma clase.

El nuevo hospital de Santa Eugenia ha sido construido bajo la direccion de M. A. Mourcou, arquitecto, con arreglo á sus planos formados con una inteligencia que le honra, y conforme á las necesidades que exigen esta clase de establecimientos. Los trabajos tuvieron principio en 1866 y terminaron en 1872. El edificio está construido de ladrillos y de piedra blanca del valle del Oise. Las salas de los enfermos están en forma de bóveda, los muros estucados, y la encina es la única madera empleada en el pavimento y demás obras de carpintería. El coste total del hospital de Santa Eugenia ha ascendido á la suma de 3.700,000 francos.

L. C.



EGIPTO. — Apertura de las escuelas libres del Cairo.

Las escuelas libres

Y GRATUITAS DE EGIPTO.

Las primeras escuelas libres, gratuitas y universales para difundir la instruccion en Egipto datan de 1838. En Alejandria fueron las primeras que se establecieron.

Gracias á la iniciativa de un negociante, M. Dauphin, auxiliado por algunas personas influyentes, tanto europeos como egipcios, pudo organizarse una suscripcion en que tomaron parte 700 personas, que se obligaron á satisfacer mensualmente una suma de un franco.

Despues que se obtuvieron estos recursos, se redactaron los estatutos que fueron despues sometidos á la aprobacion de una Asamblea general, en que se disponia que la enseñanza fuera científica y profesional. Como no se preconiza ningun dogma, los estudiantes de todas las creencias pueden reunirse y sentarse en los bancos de las escuelas de Alejandria.

El éxito que obtuvieron estas escuelas fué tan rá-

pido, que muy en breve se esparció la noticia en todo el país.

Cuando llegó á conocimiento del khédiva la existencia de estos establecimientos de enseñanza, quiso asociarse á una obra, cuya importancia no tardó en comprender, poniéndolos bajo la protección de su hijo, el príncipe heredero Mohamed-Tewfik-bajá, y dotándolos de una renta anual de 12,000 francos, sacado de su bolsillo particular.

Además creó en el Cairo algunas escuelas parecidas á las de Alejandria. Al efecto dispuso que se facilitara al comité un local bien ventilado, y merced á la generosidad del soberano, de sus hijos, de los altos funcionarios del gobierno y de los principales habitantes de la capital, pudo organizarse el establecimiento, que es el que hoy presentamos á nuestros lectores.

En la actualidad cuenta con 750 niños, que reciben la enseñanza gratuitamente desde las ocho de la mañana hasta las cinco de la tarde; y 1,200 á 1,500 adultos que siguen los cursos durante la noche, despues de salir de los talleres y de las casas de comercio.

La creación de estas escuelas ha tenido por principal objeto recibir en su seno á los niños y á los hombres, sin distinción de creencias y de razas, para unirlos entre sí y crear de este modo en Egipto esa homogeneidad popular de que carece.

Estos establecimientos han de servir necesariamente para difundir la instrucción y perfeccionar á la vez la que hoy existe, único medio de que este país llegue á ocupar el rango á que tiene derecho entre las naciones civilizadas.

Las escuelas libres y gratuitas del Cairo, es otro beneficio que Egipto debe á su soberano.

X.

Los buenos muchachos.

(Conclusion. — Véase el número 1,101).

Todos estos pormenores forman un detalle que no es de los menos típicos en los «buenos muchachos.» Veamos otros.

Detestan cordialmente todo cuanto no pertenece al gremio del cual son, segun dicen, humildísimos miembros, y hablan con afectada lástima, pero con sincera indignación, de los hombres aficionados á los trabajos del ingenio; se jactan de apreciar la prensa periódica, sea del matiz político, científico ó literario que se quiera, en mucho menos que el papel de *empaque*, y son para ellos novelistas y poetas sinónimos de bohemios y *gente perdida*. Esto, en general; pero cuando son sus convecinos, sus antiguos condiscipulos, tal vez sus *amigos* los que escriben, los que peroran, los que pintan, ¡de Dios les venga el remedio á estos desdichados!

— ¡Hoy todo el mundo escribe, todo el mundo charla, todo el mundo emborriona un lienzo y garrapatea el pentágono, gritan escandalizados los «buenos muchachos.» ¿Qué es esto? ¿Dónde estamos? ¿A dónde vamos á parar? Señores, el que mas y el que menos de los que *en nada figuramos*, conocemos algo de esas materias, y pudiéramos echar en ellas nuestro cuarto á espadas *practicando* un poco; pero ¿sería esto suficiente? ¿nos autorizaría para erigirnos en maestros ni en directores de la opinión pública? ¡No faltaba mas!..... ¡Pues no son pocas las pretensiones de la *gente del día*!

Así se explican: veamos cómo se conducen.

Estarán Vds. cansados de hallar en los periódicos de su *pueblo* centenares de remitidos al tenor del siguiente:

« Señor director del *Vigilante*.

« Muy señor mio y de mi mayor consideración: » aunque ajeno, por carácter y por mis habituales » ocupaciones, á las lides periodísticas, me tómo la » libertad de remitir á Vd. las adjuntas mal perjeñadas líneas, por si tiene á bien insertarlas en su apreciable periódico. La cuestión que las motiva es, *en mi humilde sentir*, de gran interés para toda la población, y en ello confío para que Vd., etc., etc., etc.»

El asunto que se desenvuelve en el remitido y que, segun el *humilde sentir* del comunicante, encierra gran interés para toda la población, es un guarda-esquina que sobresale media pulgada mas de lo que previenen las ordenanzas, ó un árbol que se seca en el paseo... ó si debe andar cubierto ó en pelo por los cláustros, durante la celebración de la misa, el perrero de la catedral.

Otros tres detalles esencialísimos distinguen siempre á estas *producciones*, á saber: lo poco que figuran en ellas los artículos *el y la*, y lo demasiado que juega la *rosa de vientos*, lo cual da motivo á cada paso á frases del siguiente jaez: « entrando en mencionado paseo por el lado del *sudeste*; tomando la alineación por la *fachada vendabal de repetida casa*... » Por último, la firma. Está tiene que ser necesariamente un *curioso*, un *contribuyente*, un *vecino* ó un *amante de su país*.

Pues bien, lector: cualquiera de estos *motes* es el *modesto* velo con que tapa el rubor de su vera efigie para dirigirse al público un «buen muchacho,» es decir, uno de esos hombres sensatos, aplomados y sin pretensiones, que detestan la prensa porque no saben tratar cuestiones que enseñen algo, porque no es capaz de exponer teorías de *trascendencia* ó de *universal interés*; uno de esos hombres, en fin, que no hallan jamás otro bastante autorizado para erigirse en intérprete, ya que no en director de la opinión pública.

Y no puede quedar la menor duda de que citados artículos pertenecen á *referidos autores*, porque estos en el mismo día del *alumbramiento*, ó en el siguiente á mas tardar, teniendo la bondad de interesarse mucho por la salud de uno, le abordan en la calle para enredarle en un diálogo como el siguiente:

— ¿Cómo va, amigo mio?
— Pues hombre, vamos viviendo.
— ¡Cuánto me alegro!
— Muchísimas gracias..... ¿Vd. tan gordo y tan guapo?
— Gracias á Dios... Pero, retírese Vd. un poquito á la derecha.
— ¿Qué ocurre?
— Que está Vd. colocado junto á una losa quebrada, y un pié se disloca con la mayor facilidad.
— No veo yo la quebradura...
— En efecto, era una ilusión mia..... Como en este pueblo anda el ramo de empedrados peor que en Marruecos... Y, á propósito, ¿ha visto Vd. un comunicado que publica ayer el *Vigilante*?
— ¿Sobre Marruecos?
— No, señor; sobre el guarda-canton de la calle X...
— Sí que le he visto.
— ¿Y qué le ha parecido á Vd.?
— Pues, hombre... bien.
— Lo celebro infinito, pues como está hecho *al correr de la pluma*, no hubiera sido difícil que algun descuidillo...

— Segun eso, ¿es de Vd.?
— Ya que Vd. lo ha conocido, no lo quiero negar.
— Es Vd. muy modesto.
— Hombre, no; pero *no tengo pretensiones* de escritor. Así es que, cuando *quiero llamar la atención del público* hácia un asunto de interés tan general como el que ayer saco á relucir en mi escrito, firmo con un nombre cualquiera... Yo he escrito mucho sobre policía, ¡muchísimo! solo que no me gusta darme importancia, porque, vamos, no tengo pretensiones de ninguna clase.

— Oh, ya se conoce bien.
— Por lo demás, el artículo de ayer creo que abraza cuanto se puede decir sobre el particular.
— ¡Vaya si abraza!
— Pues me alegro mucho; que eso me ha de animar á concluir otro que traigo entre manos acerca de la maldita costumbre que hay aquí, de colgar la ropa blanca á los balcones... Por supuesto, que es un trabajo sin pretensiones de ninguna clase.

— Naturalmente; pero eso no impedirá que yo lo lea con gusto.
— Muchas gracias.
— No hay por qué.

Tambien me consta que sus *remitidos* se leen por su autor, en familia, con grande aplauso del severo papá, que, rebotando satisfacción por todos los poros de su cuerpo, se vuelve hácia su conjunta para decirle, muy bajo, pero de modo que lo oiga el elogiado: — Estos muchachos son el mismo demonio. ¡Mira que está bien hilado el tal impreso!

Vamos ahora á otro terreno.
Hay una junta de acreedores, de contribuyentes, de vecinos *formales*, ó de arraigo, una junta, en fin, en la que se trate del vil ochavo, ó de *salvar los intereses de la plaza*. Toman la palabra los mas expertos y autorizados; llénanse reciprocamente de piropos, abordan la cuestión por cien lados diferentes, llégase tras de muchos sudores y fatigas á vislumbrar un acuerdo definitivo; va á darse por concluida la sesión y hé aquí que se oye una voz perezosa y afectadamente tímida que pide la palabra. Concédesele el presidente y se levanta una persona que comienza á hablar en estos términos:

— Señores: como desconozco completamente la ciencia del derecho, y soy en materia de negocios la mas incompetente de todas las personas que componen esta respetable reunión, y como tampoco tengo pretensiones de orador, quizá vaya á decir un disparate al hacer uso de la facultad que me ha concedido el digno señor presidente; pero *así y todo*, me parece á mi que, teniendo en cuenta esto y lo otro, (resumo desastrosamente cuanto han dicho los que han hablado antes, y añade cincuenta desatinos de su cosecha) la dificultad está vencida. Repito, señores, que tal es el punto desde el cual debe mirarse la cuestión, segun *mi humilde entender*. He dicho.

« Bravos » por acá y « bravos » por allá. Rumores en todos los rincones.

— ¿Quién es ese?
— Pues el hijo de don Zutano.
— ¡Excelente chico!

Nómbrase la indispensable comisión, y entra en ella el primerito el *orador*. Al día siguiente, no se le puede sufrir.

— Como yo dije... como yo propuse... bien que ya usted me oiría... y eso, que no está uno hecho á esos lances, ni tiene pretensiones de orador... ¡Ah! pues si no me tira de la levita don Práxedes, que estaba á

mi derecha, ¡qué cosas salen á relucir! Pero es uno condescendiente y poco amigo de llamar la atención, ¡que si no!...

Aunque no necesito decir quién es este *orador*, bueno es que se tenga presente que pertenece, por su tipo, al tercer modelo.

Veámosle ahora en el teatro. Se acaba de representar un drama moderno que ha alcanzado un triunfo. A él no le ha merecido un solo aplauso. Lejos de ello se vuelve á su adlátere y le dice:

— Amigo, yo no sé si diré un disparate, porque no soy competente en literatura, pero esta obra, segun *mi humilde entender*, no merece el ruido que está metiendo. Valerse de una aldeana para el principal papel, y no haber en toda la comedia mas que dos personajes de buena sociedad, me da muy pobre idea del talento del autor. De ese modo, tambien yo hago comedias.

El adlátere le mira estupefacto, y el censor, creyendo que le apoya, continúa:

— Desengáñese Vd., el teatro va en decadencia; ya no se escriben comedias como *la Trenza de sus cabellos* y *la Conquista de Granada*. Pues ¿y los actores? Ahí han estado Vds. aplaudiendo á ese primer galán, como si supiera lo que hacia.... ¡Donde estaba aquel Lozano!... ¡Este si que *cortaba el verso*! Parece que le estoy viendo salir vestido de moro y á caballo por debajo del palco del ayuntamiento. Valia mas una mirada de aquel hombre, que toda esa comiquería junta.

Oyendo música, aunque no menos descontentadizos, son mas lacónicos siquiera.

— ¿Qué le parece á Vd.? se pregunta á uno de ellos.

Y responde necesariamente:
— Hombre, yo no soy del arte; pero por mas que ustedes digan, esa música está tomada *al pié de la letra* del *Hernani*.

Si le buscamos á la esquina de la plaza, se le hallará deteniendo á un transeunte para decirle con mucho misterio:

— ¿Ve Vd. aquella chica que está hablando con un cabo de la guarnición? Pues es la cocinera de don Ruperto Puntales: dos horas lleva ahí: he tenido la curiosidad de contarlas en mi reloj. Buena andaré aquella cocina, ¿eh?

O si no:
— Don Aniceto, una palabra: esa doncella que cruza ahora la esquina y va cargada de cartones, me parece que sirve en casa de doña Telesfora.

— Bien, ¿y qué?
— Nada, que es la sexta vez que en hora y media que llevo en esta esquina, ha salido de ese bazar cargada de género. Sospecho que ese pobre marido de su ama no hace hoy el gasto con dos mil reales. Despues vendrán los apuros... y algo peor. Bien empleado les está.

En un paseo público hacen el mismo papel: comparar las galas que ven con los caudales de quienes las lucen, y demostrar siempre y donde quiera que llevan el alza y baja de cuanto respira y se agita en la población.

Creo que el lector no necesita mas noticias para orientarse por completo en el terreno á que he querido traerle, ni para hallar pertinente y hasta de alguna trascendencia moral la exhibición de estos apuntes...

Se me olvidaba decir que los buenos muchachos son, por regla general, solteros. Si les da por casarse, son en el hogar doméstico unos tiranuelos, chismosos y casca-rabias, y esto es lo único en que varían al variar de estado.

Otro dato. Casados ó solteros, son en política *conservadores*, de *justo medio* y *ancha base*.

III.

Si tratáramos ahora de llamar las cosas por su verdadero nombre, deduciríamos de todo lo expuesto, dentro de la mas inflexible lógica, lo siguiente:

El «buen muchacho» no es otra cosa que un quidam soberbio, entremetido é ignorante. Con su capa de mansedumbre y tolerancia, espía á todo el mundo, nada halla disculpable en su criterio ramplon de comadre; y con su afán de fiscalizar, censura en el prójimo hasta los defectos que mas resaltan en si propio. Escandalizanle los hombres que sin remilgos ni estudiadas protestas de humildad se exhiben en lo que valen; y él, con la previa advertencia de que no vale nada, se atreve á meterse en todas partes para imponer su razon á los demás. A nadie concede competencia para nada, al paso que él, confesándose el último de los hombres, se presta como si la tuviera para todo; no halla en la pluma ni en los labios de su vecino una cuestión que le parezca bastante digna de ocupar la atención pública, y al día siguiente pretende él absorberla entera, sacando á plaza pequeñeces y vulgaridades de portería. Ofende su moralidad un pecado oculto, y él, para enmendarlo, lo descubre, lo consiente y lo propaga; no juega, no jura, no malgasta, pero con la mejor intención *se conduce* á gritos de Juan y Pedro, que juran, no ahorran, y, *segun sus noticias*, juegan. En suma, sus labios jamás se abren para elogiar: siempre para maldecir.

Por lo demás, el ser «buen muchacho» es un gran negocio, máxime cuando el teatro representa una población lo suficientemente pequeña para que todos nos codeemos y nos conozcamos.

El vecino de enfrente, persona que tiene el don de discurrir con alguna claridad mas que la multitud, es victima de una adversidad cualquiera, acarreada por una serie de sucesos inevitables.

— Me alegro, dice el rum rum, ese hombre lo tenia bien merecido: es un mala cabeza, un fatuo, un pretencioso.

Sucédele eso mismo á un « buen muchacho, » y dice la Fama:

— ¡Pícara suerte, que nunca quiere proteger á los buenos!

Acúsasele por alguien de una accion poco edificante, y dice la misma señora:

— ¡Calumnia!... Fulano no puede ser reo de semejante delito; yo abono su conducta, porque... es un excelente muchacho.

Al primero se le enreda, al pasar, un boton en los flecos del chal de una modista, y doña Opinion, la mala, le marca con el dedo como á un desenfrenado corruptor de la pública moralidad.

Enrédasele al otro la honra entera entre los hechizos de la mujer de su vecino, asoma el escándalo la oreja, y exclama doña Opinion, la buena:

— Atrás, que es un buen muchacho, incapaz de cometer tan fiero delito.

Si el escándalo pugna, y forcejea y vence, al cabo, la mujer es la serpiente que le ha seducido: todo menos lastimar en lo mas minimo la cándida sensibilidad de su amante.

Hay vacante un puesto que exige á quien ha de ocuparle mucho tacto y experiencia; y sin saber cómo, empieza á sonar el nombre de un buen muchacho; crece el ruido, fórmase la atmósfera, provéese la plaza en un hombre nulo ó sin merecimientos; y apenas la justicia severa se dispone á condenar la eleccion, grita el rumor atronador de la Fama:

— Me alegro, porque el elegido es.... «un buen muchacho.»

Trátase de una heredera rica que se halla en estado de merecer, y al punto dice aquella señora:

— ¡Qué buena pareja haria esa chica con... Fulano, que es un gran muchacho!

Y los ecos van repitiendo la ocurrencia y se la llevan á la aludida, y se echa esta á cavilar, y comienzan las embajadas oficiosas de los aficionados á la diplomacia casamentera, y aceptan la mediacion las partes beligerantes, y...

— Es cosa hecha, exclama un dia con aire de triunfo la gente.

Y añade:

— Y me alegro, no solamente por el novio, que es un buen muchacho, sino por lo que van á reconcomerse los otros.

...Los otros, lector, son los desheredados de la fama de «buenos muchachos,» que tal vez no conocen á la novia, y que, de seguro, no han cruzado una palabra con ninguno de los que forman la opinion que tan cordialmente antipática se les presenta.

Cuando un padre sencillo reprende á su hijo por una falta propia de la edad, vuelve los ojos con envidia á un «buen muchacho;» si estos no van al teatro mas que dos veces por semana, no se puede ser hombre de bien yendo tres; cuanto en costumbres es un pecado, deja de serlo desde el momento en que lo comete un «buen muchacho;» las mamás los miran con un memorial en cada ojo; las autoridades los saludan como á las mejores garantías del orden... hasta los agentes de policia los acatan y reverencian, porque ven en ellos otros tantos futuros concejales...

Júzguese ahora del riesgo que yo corro al estrellarme contra tanta popularidad... y eso que todavía no he dicho que un «buen muchacho» es necesariamente tonto de remacho.

Y dirá aquí el lector cándido: ¿Cómo puede un tonto adquirir tal fama de discreto?

Y pregunto yo á mi vez á ese lector: ¿Han sido nunca otra cosa los idolos del vulgo de levita?

Por de pronto apuesto una credencial de «buen muchacho» á que si yo tomo de la mano á un hombre, de los muchos que conozco, que se pasan la vida luchando brazo á brazo con la adversa fortuna, sin reparar siquiera que á su lado cruzan otros mas felices con menores esfuerzos; á uno de esos hombres verdaderamente discretos, verdaderamente generosos, verdaderamente honrados; apuesto, repito, la credencial consabida, á que si le tomo de la mano y le saco del público mercado, no encuentro quien le fie dos pesetas sobre su legitimo titulo de *buen muchacho*, titulo que se le ha usurpado para ennoblecer á tanto y tanto zascandil como se pavonea con él por esas calles de Dios.

Por tanto, lector amigo, y para concluir, voy á pedirte un favor: mientras no se adopte en el mundo *civilizado* la costumbre de dar á las cosas y á las personas el nombre que legitimamente les pertenezca, si por chiripa llegara yo á caer en gracia, (lo que no es de esperar) y desearas darme por ello un calificativo honroso, llámame... cualquiera perrería; pero, ¡por Dios te lo ruego! no me llames nunca *buen muchacho*.

J. M. DE PEREDA.

De la Revista de España.

SOBRE LOS VIAJES POR ESPAÑA

DEL

BARON ROSMITHAL DE BLATNA

Y DEL

MAGNIFICO MICER ANDRÉS NAVAGERO.

(Continuacion.)

Ya estaba en Castilla cuando aconteció la muerte del Rey Católico para velar por los derechos de Carlos el dean de Lovaina, que ocupó despues la cátedra de San Pedro con el nombre de Adriano VI, y cuando el príncipe tuvo noticia de la muerte de su abuelo, envió á M. Xeures que, en union con el dean y con el cardenal Cisneros, gobernaron el reino hasta la venida de Don Carlos á la Peninsula.

Los castellanos vieron con fundada y natural pesadumbre que iban los extranjeros á tomar una parte muy activa y directa en la gobernacion del reino, con quebranto de su dignidad y de su provecho y este peligro era tanto mas de temer, cuanto que no contandole el nuevo rey mas que diez y seis años, habia de durar por mucho tiempo, cuando no para siempre la odiosa dominacion extranjera.

Por esto apenas llegado Don Carlos á España y reunidas en Valladolid las Cortes para jurarlo, establecieron los procuradores del reino como condicion del juramento que jurara á su vez el rey, no solo guardar los fueros, privilegios y leyes de Castilla, sino la promesa de no conferir empleos á los que no fueran naturales de estos reinos. El famoso doctor Zumel, procurador de Burgos, se ilustró entonces por el valor y resolucion con que persistió en este punto, que se resolvió de una manera equívoca, dando lugar entre otras cosas á los alborotos y luchas sangrientas que pocos años despues estallaron en Castilla, y que se conocen con el nombre de guerra de las comunidades.

Durante la presencia del rey en Castilla pudo contenerse el disgusto de los naturales con la esperanza de que Don Carlos, á medida que creciese en años y en afecto á sus vasallos, iria sustrayéndose á la tutela y al influjo de los extranjeros, que componian su mas íntimo consejo; pero habiendo sido electo emperador de Alemania por muerte de su abuelo Maximiliano, determinó ir á tomar posesion de sus nuevos Estados y á coronarse en Aquisgran, como lo hizo el dia de San Matias de 1522.

Para notificar su resolucion al reino y para obtener los recursos necesarios á esta expedicion, convocó el emperador electo las Cortes para Galicia. Los pueblos que con la ausencia del rey se veian de nuevo amenazados de la tirania extranjera, que no tendria entonces ningun respeto que la contuviese, y que no miraban como propios los intereses personales y dinásticos del emperador, dieron á sus procuradores poderes tasados en que se les prohibia que otorgasen subsidios extraordinarios.

Seria muy largo referir las vicisitudes de aquellas Cortes, en las cuales los procuradores de Toledo resistieron á todas las seducciones de la corte; no tuvieron los demás la misma firmeza, concediendo los recursos que se les habia prohibido que otorgasen; despues de la partida del emperador y al volver los procuradores á las ciudades y villas que representaban, estalló la ira popular, asesinando los segovianos á sus infieles mandatarios y cometiéndose en otros lugares análogos desórdenes.

Los ayuntamientos de las ciudades y villas se confederaron para dar unidad al movimiento; pero cometieron el error de malquistarse con los caballeros, y los regentes pudieron con estos juntar fuerzas para acabar con la comunidad, que recibió el golpe que la aniquiló en la triste jornada de Torre-Lobaton. Si en aquella ocasion hubiera sucedido lo que ocurrió en Inglaterra, primero con el reinado de Juan Sintierra, y despues cuando fué arrojado del trono Jacobo II, no hubieran sufrido tan largo eclipse las libertades públicas en España, y sin necesidad de estériles y de ominosas conmociones hubiera la nacion seguido majestuosamente el camino de su civilizacion y progreso en todas las esferas de la vida.

Vuelto el emperador á España, borró con su generosidad, que fué en aquella ocasion, como suele serlo siempre, hábil y consumada política, los rastros de la pasada rebelion, y la grandeza y poderio del monarca sedujeron las imaginaciones castellanas, acabando por considerar como propias las empresas del emperador y tomando en ellas una parte tan principal como gloriosa. Intervino despues España en todos los sucesos de Europa con tal eficacia, que su historia es, en el periodo que empezó entonces, la historia de todas las naciones del antiguo y del nuevo continente. Como rey de Aragon, el emperador tenia ya sentada la planta en Italia, y desde que ascendió al imperio eran feudatarios suyos los demás Estados en que se dividia aquella Peninsula; además, los dominios que Carlos habia heredado de su padre le ponian en posesion ó le daban derecho á regiones que constituyen parte muy principal de Francia.

ocupaba por aquel tiempo el trono de esta nacion, ya muy poderosa, un monarca joven y ambicioso, cuyo espíritu caballeresco han ensalzado los historiadores franceses mas de lo que consienten sus actos; era, pues, forzoso que entre Carlos y Francisco naciese una rivalidad funesta para sus pueblos que la heredaron, sobreviviendo á ambos monarcas. El odio que la dominacion francesa inspiraba á los italianos, fué causa de que se pusieran de parte del emperador para rechazar á aquellos, que consideraban como enemigos. El rey de Inglaterra Enrique VIII, creyendo que la ocasion era oportuna para reconquistar los Estados que sus mayores poseyeron en Francia, y de que ya no le quedaba mas que la importante plaza de Calais, se alió con el emperador, que á su vuelta de Alemania habia estado en Inglaterra, sojuzgando á Enrique y á su ministro Wolsley con el espectáculo de su poder y de su grandeza, que no fueron parte á que Carlos tratase al rey con arrogancia, sino con amor y hasta con aquella humildad que no es incompatible con el decoro.

No alcanzó poca gloria Francisco sosteniéndose contra tantos y tan poderosos enemigos, pero la fortuna le fué adversa y en la memorable batalla de Pavia no solo perdió la flor de sus guerreros sino que él mismo cayó en poder de su rival, estando prisionero mas de un año y no recobrando su libertad sino á cambio de concesiones, que si se hubiesen cumplido hubieran reducido su poder y el de Francia á limites tan estrechos como los que tuvo en tiempo de Carlos VII.

Los venecianos, aunque no de buen grado, no pudieron resistir el impulso que movia á los demás Estados de Italia, é hicieron un tratado de paz y amistad con el emperador, rompiendo su confederacion con los franceses; entraron, pues, en esta liga defensiva todos los principes y repúblicas de Italia sin excluir el pontifice que lo era ya Adriano VI, maestro que habia sido del emperador. De resultados del tratado con Venecia, que tardó mucho en ajustarse muriendo durante la negociacion Gerónimo Adorno, que le gestionaba con poderes de Carlos, fué nombrado embajador de la República para el emperador el ilustre patricio Andrés Navagero, cuyo viaje y cartas ven ahora por primera vez la luz pública en España. El nombramiento de Navagero se hizo el 10 de octubre de 1523, pero como señal de la mala voluntad con que los sagaces políticos que gobernaban la República habian entrado en la liga, es de notar que Navagero no comenzó su viaje hasta el 14 de junio del siguiente año, y todavia con diferentes pretextos el embajador *contemporizó*, como él propio dice, no decidiendo su gobierno de un modo resuelto y eficaz que emprendiese su marcha á España, hasta que en el año de 1525 tuvo lugar la decisiva victoria de Pavia, que hizo por entonces incontrastable el poder de los imperiales, habiendo salido Navagero de Génova para Barcelona el 6 de abril de dicho año.

Poco habla Navagero en su itinerario del objeto de su embajada que terminó con un estrepitoso rompimiento, y para suplir este silencio no podemos acudir á las interesantes relaciones venecianas, porque en ninguna de las dos series que de ellas se han publicado, está comprendida la de Andrés Navagero, ni puede estarlo, porque como se sabe, esas relaciones las daban los embajadores de la señoria al Consejo de Pregadi cuando volvian á Venecia, y Navagero estuvo tan poco tiempo en la ciudad de vuelta de España por habersele conferido la embajada de Francia, que no pudo cumplir con este requisito. De grande interés serian, para cumplir con exceso esta falta, los despachos que remitiria desde España á su gobierno durante la época que aquí estubo, los cuales es de creer que se conserven en los archivos de la República (1), pero el objeto de nuestra publicacion no consiente que entremos en un orden de investigaciones que seria de grande importancia para la historia de este brillante periodo de nuestra grandeza; así que nos limitaremos á referir lo ocurrido durante los años de 1526 y 27 valiéndonos de los libros mas dignos de fe y de los despachos de los embajadores de España en Italia que hemos podido examinar originales en la importante coleccion de Salazar que posee la Academia de la historia, entre los cuales tienen para nuestro objeto mayor importancia los de Alonso Sanchez del consejo del emperador y su embajador en Venecia el cual permaneció en aquella República aun despues de declarada la guerra contra el emperador y no obstante haber sido los venecianos los enemigos mas activos y tenaces de Carlos V.

Pero antes de entrar en esta materia y enlazándola con los sucesos históricos, referiremos brevemente lo que hemos podido averiguar sobre la vida de Andrés Navagero, autor del itinerario y de las cartas que ahora ven la luz pública en nuestra lengua.

II.

Andrés Navagero fué hijo de Bernardo Navagero y de Lucrecia Polana, nació en Venecia en 1483, donde su familia, cuyos orígenes se confunden con los de la

(1) Algunos de estos despachos se han publicado en la obra titulada, *Iscrizioni venete raccolte e illustrate da E. A. Cuogna*.

ciudad, ocupaba una elevada posición. Discípulo de Sabéllico se separó no obstante de su estilo, y en la edad en que solemos estar más pagados de nuestras cosas, un gusto delicado, que conservó toda su vida, le determinó á destruir sus primeros ensayos poéticos y entre ellos las silvas hechas á imitación de Stacio. Marco Mosurus le enseñó el griego en Padua, y Navagero se aficionó á Pindaro de tal suerte que copió varias veces de su mano todas sus obras; asistió también en Padua al aula de Pomponacio y allí contrajo estrecha amistad con Longueil, á cuyo exámen sometió sus obras. Su extraordinaria aplicación le produjo una melancolía que le obligó á abandonar el estudio por algún tiempo, pero se espacia su ánimo asistiendo á una reunión de literatos que había formado en Pordenone en el Friul, Bartolomé de Alviano, que entonces era el héroe de Venecia. La Universidad de Padua se había cerrado por causa de la guerra y el general había atraído á su alrededor á muchos sabios, ocupando entre ellos Navagero uno de los primeros lugares, halló allí nuevas inspiraciones y del río Naucelo, que pasa por Pordenone dió á las deidades que invocaba en sus versos el nombre de Naucelidas. Después de la muerte de Sabéllico ocurrida en 1506, fué bibliotecario de San Marcos, sucediendo también á aquel sabio en el cargo de cronista de la República.

Nombrado Navagero embajador de Venecia cerca del emperador Carlos V en 1523, no llegó sin embargo á Toledo, como hemos dicho, hasta mediados del año 1525, después de la rota de Pavía. En la corte del César conoció y trató á los más famosos literatos y poetas de España y entre ellos á Boscan, quien por su indicación empezó á escribir rimas á la italiana, como él mismo lo dice en su carta á la duquesa de la Soma, que sirve de introducción al libro segundo de sus versos, que así como el tercero, se compone de poesías á la italiana, comprendiéndose en el primero versos escritos á la antigua usanza de Castilla.

A pesar de no haberse publicado todavía más escritos de Navagero que las prefaciones de las obras de Ciceron y las variantes de Ovidio, la fama de que gozaba como humanista, como orador y poeta era grandísima y de ella da testimonio Boscan explicando las razones que le movieron á introducir en la poesía castellana lo que en su concepto era una novedad sin antecedentes. Navagero tuvo tan buena acogida del César por razón de su cargo, que mandó á recibirle cuando llegó á Toledo al almirante de las Indias y al obispo de Avenza; y la tuvo también por su fama, notándose que sin obligación ninguna de su parte acompañaron en el recibimiento á estos personajes casi todos los embajadores de Italia. A más de ellos residían por aquel tiempo en la corte ó en otros lugares de España italianos tan ilustres como Pedro Mártir de Angleria, con quien Navagero contrajo grande amistad, según se manifiesta en la carta dirigida por este á Ramusio desde Sevilla, y como el cronista Cesáreo Lucio Marineo Sículo. Por medio de estos y del famoso conde Baltasar de Castellon, embajador de Clemente VII, que había llegado poco antes á Toledo, entró Navagero en relaciones estrechas con los escritores y poetas castellanos que por su posición formaban parte de la corte del César; entre ellos estaba Boscan y no podía menos de estar su amigo Garcilaso, gloria del Parnaso español. En el estudio que escribimos sobre el *Cortesano*, publicado en esta misma colección, hemos dicho lo que se nos alcanza sobre las relaciones literarias que había en este tiempo entre italianos y españoles, y no hemos de repetir aquí lo que es ya conocido de nuestros lectores.

Estando Navagero en Toledo terminaron las largas, penosas é inútiles negociaciones que precedieron á la libertad de Francisco I, en virtud de la concordia de Madrid, fecha el 14 de enero de 1526. A pesar del contento que mostró Francisco por la terminación de aquel pacto, nunca pensó cumplirlo, habiendo hecho antes de su conclusión una protesta que ciertamente no disculpaba ni el quebrantamiento de su palabra real ni el de su fe de caballero. No hemos de referir aquí el desposorio del francés con la hermana del emperador, las fiestas que con esta ocasión se hicieron ni las conferencias y paseos de ambos monarcas en Madrid y en Illescas; solo diremos, que concluidas estas negociaciones, el rey de Francia se encaminó á su reino y el emperador partió á Sevilla para celebrar su matrimonio con la infanta Doña Isabel de Portugal, acompañándole ó siguiéndole los personajes que componían la corte, así como los embajadores de los



EL DOCTOR PABLO VIDART.

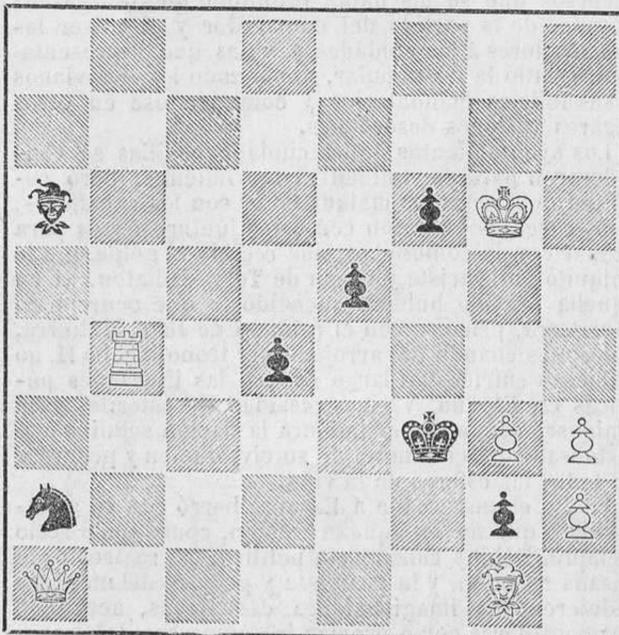
Problemas de ajedrez.

Solución del número 395.

- | | | |
|---|--|----------------------------------|
| 1 | R ^a toma P | P toma R ^a |
| 2 | A 2 ^a R ^a | R 4 ^a TR ^a |
| 3 | P 4 ^a AR ^a jaque-mate. | |

PROBLEMA NÚMERO 396.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en cuatro jugadas.

Estados extranjeros. En la ciudad imperial permaneció el de Venecia, según dice puntualmente en su itinerario, desde el 11 de junio de 1525 hasta el 23 de febrero del año siguiente de 1526. Tuvo, pues, tiempo suficiente para estudiar con detenimiento esta ciudad y sus costumbres, y en efecto, el cuadro que de ella nos presenta en su itinerario y en su carta á Ramusio, es tan completo como interesante; á ambas obras nos remitimos para no debilitar con noticias anticipadas é incompletas el efecto que ha de producir en el ánimo de los lectores; indicando ahora, que nada de cuanto puede interesar á una persona de buen entendimiento y de general y sólida instrucción, es extraño á la competencia de Navagero, quien no solo juzga los hombres y las cosas, las costumbres y los monumentos artísticos y arqueológicos, sino que su curiosidad inteligente se dirige también á los objetos naturales, notando cuanto en ellos es digno de reparo y diferente de lo que estaba acostumbrado á ver en su patria; dando así pruebas de que su capacidad abarcaba así las materias literarias en que era tan perito, como las científicas que en aquella época empezaban á cultivarse con gran éxito; habiendo sido aquellos estudios el origen de los grandes adelantos que han hecho hasta el presente las ciencias que tienen por objeto el mundo físico.

En el viaje de Toledo á Sevilla visitó Navagero el famoso monasterio de nuestra Señora de Guadalupe, causando en su ánimo no menor admiración que la que algunos años antes había producido al baron bohemio Leon de Rosmihal; pero el hombre del renacimiento no se detiene á referir los milagros de la Virgen, y ni siquiera hace mención de la leyenda del Vaquero de Cáceres, en que se cuenta la maravillosa invención de la santa imagen, que con tanto candor y sencillez inserta Schaschek en la relación de su viaje; en la suya Navagero describe las bellezas naturales del lugar en que está situado el monasterio, se ocupa de su sólida construcción, y mas que de esto

de sus cuantiosas rentas y del tesoro que tenían reunido los monges.

(Se continuará).

El doctor Pablo Vidart.

El doctor Pablo Vidart, fundador del célebre establecimiento hidroterápico de Divonne, ha fallecido á fines del año 1873. Hace veinte y cinco años este establecimiento contaba con un pequeño número de enfermos, encerrados en un edificio medio en ruinas que había sido una fábrica de papel. El estado floreciente en que hoy le vemos, que no podemos menos de calificar de maravilloso, se debe, en efecto, á sus manantiales tan notables por la pureza como por la gran abundancia de sus aguas. Su temperatura es de 6 grados y 1/2 centígrados en toda estación. La situación que ocupa el nuevo edificio es notable, pues se halla entre el Jura y el lago de Ginebra, y sus alrededores son los más encantadores. Desde que el doctor Pablo Vidart se convenció de los inmensos servicios que la hidroterapia presta á la humanidad, se mostró tan prudente como hábil práctico y buen observador. Sus inteligentes y afectuosos cuidados calmaban los males que él mismo consideraba incurables. Así que todos sus enfermos se hacían sus amigos. Además, era un incansable lector, y en el pequeño teatro que había organizado en su establecimiento, como un eficaz auxiliar de su sistema de curación, merecía que se le comparara á Arnal ó á Geoffroy. Pintor y músico, sin haber aprendido ni la pintura ni la música, admiraba á todos los que le veían pintar un paisaje de su invención, ó le oían ejecutar las más bellas obras de los grandes maestros.

El establecimiento fundado por el doctor Vidart se le vió adquirir cada vez más boga, merced á las admirables curaciones que se obtuvieron. Desgraciadamente la guerra que la Francia sostuvo con la Alemania, vino á herirle de muerte, porque, á la vez que Nancy, su pueblo natal, estaba ocupado por los enemigos de su patria, sus dos hijos, guardias móviles del Ain, estaban encerrados en París. Sus emociones patrióticas, unidas á los temores paternales, le causaron su muerte.

A. J.